



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
COLEGIO DE HISTORIA**

**EL LEVANTAMIENTO ANTIRREELECCIONISTA  
EN CHIHUAHUA, MODOS DE ORGANIZACIÓN,  
ACCION Y DIRIGENCIA (1919-1911).**

**TESIS  
PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
LICENCIADO EN HISTORIA  
PRESENTA:  
ALBERTO FRANCISCO MÁRQUEZ FIGUEROA**

**ASESOR:  
DR. JAVIER RICO MORENO**



**MÉXICO, D.F.**

**NOVIEMBRE 2010**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## ÍNDICE

<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>I. La lucha antireeleccionista.....</b>	<b>11</b>
1. Entre el civismo y las armas.....	11
2. Maderismo de frontera.....	18
<b>II. El levantamiento en Chihuahua.....</b>	<b>27</b>
1. La Chihuahua porfirista.....	27
2. El levantamiento.....	30
3. La fuerza y sus jefes.....	37
4. Límites materiales.....	43
<b>III. Un nuevo rumbo para la insurrección.....</b>	<b>48</b>
1. Madero en combate.....	48
2. El Ejército Libertador.....	53
3. Abastecimiento (la clave del éxito).....	56
4. La cuestión del mando.....	60
<b>Conclusiones.....</b>	<b>67</b>
<b>Apéndice (mapa del estado de Chihuahua).....</b>	<b>72</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>73</b>

## INTRODUCCIÓN

Han pasado cerca de cuatro años desde el comienzo de este ejercicio. Habiéndome inscrito al Seminario de Historia Militar a cargo del profesor Ibarrola, tuve que elegir un tema para trabajar a lo largo de dos semestres. Debía ser algo militar, o sea que involucrara ejércitos, armas, batallas, fuerza organizada en general. De preferencia debía hallarse dentro de la historia de México en los siglos XIX y XX. Entonces recordé una pregunta que ya antes había despertado mi curiosidad: ¿cómo fue posible que el levantamiento armado iniciado en 1910 derrotara al ejército porfirista en cuestión de meses? Por lo menos ya tenía un tema: la revolución maderista entre 1910 y 1911; de ninguna manera imaginé que mi tesis de licenciatura terminaría tratándose de eso.

Mi primera referencia al tema estuvo en la obra de Santiago Portilla, *Una Sociedad en Armas*.<sup>1</sup> Extenso trabajo de historia militar y diplomática, cuya principal conclusión es que para junio de 1911 el Ejército Federal había sido virtualmente derrotado por la proliferación de brotes armados en una buena extensión de la república. Ahí estaba, no había mucho más qué decir al respecto. Aunque Friedrich Katz sugiere en el prólogo a esa obra, que la tesis de Portilla debe someterse a revisión, yo no contaba (ni cuento aún) con la capacidad de polemizar con un argumento tan sólida y minuciosamente construido. Simplemente no me pareció viable. Debía entrar por otra parte, algún aspecto que Portilla dejara más o menos abierto. Dedicué muchas horas de lectura a la búsqueda de un resquicio de problema, algo por lo menos intrigante. Cuando estaba a punto de ceder y abandonar el tema, apareció ese algo que yo buscaba. Salió en un pasaje del relato de Luis Aguirre Benavides, que participó en el levantamiento maderista y más tarde formó parte del villismo.

En *De Francisco I. Madero a Francisco Villa*, Aguirre Benavides habla sobre las tareas que desempeñó en una “oficina de la revolución” en El Paso, Texas, mientras el maderismo alcanzaba su auge en Chihuahua.<sup>2</sup> Ésa era la pista que necesitaba, la abertura por la que se fue asomando el problema. Madero había tenido que ejercer alguna especie de control sobre el

---

<sup>1</sup> Santiago Portilla Gil de Pantearroyo, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México: El Colegio de México, 1995.

<sup>2</sup> Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa (memoria de un revolucionario)*, México, 1956.

levantamiento armado ¿pero cómo? Hasta ese momento me había parecido lógico que Madero fuera el líder de una insurrección a la que él había convocado, y que por otro lado ha pasado a la historia como “revolución maderista”. Sin embargo, esta suposición me pareció menos obvia cuando reparé en que Madero, El apóstol de la democracia, un curioso espiritista de levita y metro sesenta de estatura, había tenido que dirigir una guerra en una tierra lejana, al lado de gente que apenas conocía. Aquella oficina que mencionaba Aguirre Benavides era parte del intento de Madero por poner orden dentro de una situación esencialmente caótica. En ese sentido, mi trabajo podría ser la historia de cómo Madero, mejor conocido por su campaña política, desempeñó el papel de comandante en jefe de un movimiento armado.

Desde ese punto, mi investigación fue creciendo hasta convertirse en lo que es ahora. Pronto quedó circunscrita al estado de Chihuahua, que fue donde el maderismo mostró más fuerza y consiguió la victoria definitiva. La primera hipótesis, que veía la existencia de un mando central que le permitió a Madero controlar el levantamiento desde su inicio, tuvo que ir modificándose. Es cierto que las bases de ese mando ya estaban echadas, pero Madero no estuvo en posición de dirigir efectivamente la insurrección, y menos hacerla triunfar, sino hasta después de su entrada a Chihuahua. Ahí estaba el primer eje fundamental de mi investigación: y es que el levantamiento maderista en Chihuahua debe entenderse en dos fases: una anterior, y otra posterior a la llegada de Madero.

Tuvieron que pasar tres meses antes de que Madero apareciera en la zona de operaciones. Entre noviembre de 1910 y febrero de 1911, había permanecido en Estados Unidos y su participación en el conflicto fue casi nula. Durante esa fase todo el peso de la insurrección recayó en los chihuahuenses, quienes conformaron una guerrilla bastante combativa, y lograron enfrentar con relativo éxito al ejército federal. Es hasta marzo de 1911 cuando Madero hace sentir su presencia en Chihuahua, empezando así el proceso de reorientación que conducirá a la toma de Ciudad Juárez, y con ello al triunfo de la insurrección en mayo de 1911.

La distinción no está hecha en función de la simple entrada de Madero a territorio nacional, sino de lo que ésta implicó en el desarrollo de la insurrección. El funcionamiento de una fuerza como la que sitió y tomó Ciudad Juárez debió exigir una importante variación con respecto a las modalidades que adoptó el levantamiento chihuahuense en sus inicios. Los cabecillas rebeldes, que habían estado operando bajo una lógica de guerra de guerrillas, se unificaron en

torno a Madero. Éste, a su vez, llevó a cabo un proceso de reorganización que mejoró la efectividad de las fuerzas maderistas, y aseguró el triunfo de su causa.

Estos puntos quedaron asentados en determinado momento de la investigación; entonces vino un titubeo que me hizo abandonar el proyecto por un tiempo. Había dos cosas que me preocupaban seriamente. La primera, que conforme fui avanzado noté que la importancia de los chihuahuenses era mayor de la que yo les había asignado. Estaba demasiado concentrado en la figura de Madero, pero todos los esfuerzos de éste no se explicaban sin la presencia de una fuerza que se le resistía. No se trataba del gobierno de Díaz, pues éste no se resistía, sino que se oponía abiertamente a Madero. Era seguro que aquella fuerza la representaban los chihuahuenses. Si bien, habían atendido al llamado maderista, ellos tenían sus propias razones para rebelarse, lo mismo que sus propios métodos. Podría hablarse incluso de dos rebeliones, que Madero unió hábilmente en una, la suya. Fue así como el factor regional irrumpió inesperadamente en mi trabajo, obligándome a ir a Chihuahua para documentar un aspecto al que no podría hacer justicia desde la Ciudad de México. Eso no pasó. Al final tuve que conformarme con fuentes publicadas, y aunque no pude completar mi investigación como hubiera deseado, sí pude darle cierto giro a la explicación. Esto último fue posible gracias a la manera en que enfrenté mi segunda preocupación.

Esa otra molestia tenía que ver con mi incapacidad para desprender una reflexión de gran alcance a partir de una investigación breve y fáctica. Después de todo, no podía olvidar que mi tema se inscribe dentro de un fenómeno más amplio como es la revolución mexicana. Necesitaba un marco teórico que además de brindar solidez a la investigación, me permitiera avanzar hacia una crítica de eso más importante que es la Revolución. La lectura que me puso en el camino fue el artículo de Alan Knight, *Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917*.<sup>3</sup> En lo personal creo haber conseguido interesantes resultados; desgraciadamente no quedan reflejados del todo en el texto. No quise, o tal vez no supe, incluir mis conclusiones a nivel teórico dentro de éste, que debe ser un trabajo concreto y fácil de defender. Sin embargo, no voy a dejar de apuntar algunas ideas que orientaron mi reflexión; pues como he dicho, así pude resolver el problema que presentaban los rebeldes chihuahuenses.

Ya me había dado cuenta que el proceso de reorganización impulsado por Madero fue más complicado de lo que podría suponerse. Los chihuahuenses no actuaron con la docilidad que

---

<sup>3</sup> Alan Knight, "Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917" en David A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 32-85.

sugeriría el título de “maderistas”; ahí estaba la aludida resistencia. En un principio, Madero tuvo que soportar faltas de diversa índole a su autoridad; y si al final pudo encausar la insurrección por donde más le convenía, hay razones para creer que su control sobre los rebeldes estaba seriamente limitado. En varias ocasiones fue desobedecido por los jefes chihuahuenses. Quizá el mejor ejemplo de ello esté en el ataque a Ciudad Juárez, que Madero no ordenó, y al cual se opuso inútilmente. Esta constante tensión nos habla de dos grupos que se reunieron contra un enemigo común, pero que fuera de éste no compartían mucho más. Una distinción entre los verdaderos antireeleccionistas como Madero y los chihuahuenses que se levantaron en armas, hace justicia a estos últimos, y permite una mejor explicación.

Pero, ¿en qué radica tal distinción y qué consecuencias tiene sobre la explicación general de nuestro problema? Es aquí donde encuentro sugerente el artículo de Knight. En su análisis de la revolución mexicana, este autor se aleja del enfoque por clases sociales, y a su vez intenta uno por culturas políticas; para lo cual toma prestados algunos conceptos de la sociología política de Max Weber. Lo importante de este tipo de análisis es que rescata una dicotomía, que si bien no es nueva y merece tantas revisiones como se quiera, conserva su gran poder explicativo, y proviene de la confrontación entre Modernidad y Tradición; misma que puede entenderse en otros planos como lo son Ciudad vs. Campo, o Centro vs. Periferia.<sup>4</sup>

Dentro del análisis de Knight, la condición periférica de los rebeldes chihuahuenses está esencialmente relacionada con su situación geográfica. La región occidental de Chihuahua, que fue la más activa durante la rebelión, había permanecido por mucho tiempo fuera de una esfera de control estatal o federal. Aquí la presencia del régimen porfirista era muy reciente y no menos desagradable. La reacción a esta intromisión generó un tipo particular de rebelión, que Knight denomina “movimiento serrano”. Los chihuahuenses encontraron un buen aliado en el civilismo maderista, que también se oponía al gobierno federal, pero por razones distintas a las de aquellos. Si bien, hay puntos cuestionables,<sup>5</sup> lo importante en todo el análisis de Knight es la identificación de dos culturas políticas, que por sus objetivos y métodos resultan, si no opuestas, sí divergentes.

---

<sup>4</sup> Ya había sido ensayada por autores como Womack, en su caracterización de los zapatistas como campesinos que no querían cambiar y por eso iniciaron una revolución; John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México: Siglo XXI, 1969.

<sup>5</sup> Sería erróneo interpretar el levantamiento chihuahuense como una reacción contra la intervención de un poder extraño, al que se oponían sólo por su calidad de extraño. Tampoco podemos pensar en los chihuahuenses como campesinos tradicionalistas desprovistos de todo tipo de principios políticos. Hay estudios que demuestran la evolución de las redes de sociabilidad chihuahuenses hacia modelos inspirados en las comunidades protestantes de los Estados Unidos; lo que implicó la introducción de elementos propios de la cultura política norteamericana.

Para Knight, el levantamiento maderista en Chihuahua, lo mismo que los posteriores orozquismo y villismo, son movimientos localistas. No contaban con un programa político nacional; y su acción no estaba inspirada en una legalidad interna o externa. Ello de ninguna manera resta validez a sus motivos y reivindicaciones. Su lucha se originó en un profundo descontento, que supieron encausar con decisión y fuerza en su región de origen. Ya en la lucha, los chihuahuenses mostraron apego a formas tradicionales de autoridad; siendo el elemento carismático el más importante. Sus métodos, que eran rústicos pero prácticos, provenían de la vida móvil y violenta de las regiones altas.

En clara oposición se encuentran los movimientos ciudadanos como el antirreeleccionismo, y más tarde el constitucionalismo. Estos se caracterizaron por seguir una política impersonal y orientada nacionalmente.<sup>6</sup> Por eso actuaron con tanta efectividad en regiones donde eran considerados extraños. A ello contribuyó la implantación de una maquinaria política y administrativa “moderna” o científica. Por otro lado, su autoridad siguió un modelo racional-legal, que implica la existencia de una normatividad codificada en leyes, decretos y otros documentos.

Entre los dos tipos de movimientos, pero particularmente entre sus dirigencias, había una diferencia de estilo y enfoque político, originada en los desarrollos culturales divergentes de la ciudad y del campo. Así surgió el otro eje de mi investigación, y es que debe distinguirse por un lado a la dirigencia nacional antirreeleccionista, compuesta por Madero y su grupo cercano, y por otro a los rebeldes chihuahuenses liderados por hombres como Pascual Orozco y Pancho Villa. Porque la rebelión en Chihuahua respondió al llamado de Madero, pero los hombres que participaron en ella poco o nada tenían que ver con éste. Fue por ello que Madero tuvo tantos problemas a la hora de imponer su control sobre la insurrección.

En mi relato podrá verse cómo interactúan continuamente esas dos tendencias: un movimiento originalmente civilista y una rebelión básicamente campesina. Ambas estaban inspiradas en el descontento. Tanto Madero como los chihuahuenses buscaban poner fin a la opresión en que había degenerado el régimen de Díaz. La gran diferencia estuvo en la capacidad operativa de cada uno. Los rebeldes chihuahuenses mostraron fuerza sobre el terreno, y pudieron

---

Véase: Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México: 1872-1911*, Mexico: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1989.

<sup>6</sup> Knight, “Caudillos y campesinos”, p. 74.

articular un levantamiento difícil de sofocar. El problema era que carecían de los recursos políticos y financieros para potenciar esa fuerza, y dirigirla hacia un objetivo concreto.

No sin dificultades, Madero tomó el control de la fuerza que había surgido en Chihuahua, y la empezó a gestionar conforme a su propia capacidad. El modo casi profesional de su dirección demuestra esa mentalidad moderna a la que se refiere Knight. Por otro lado, Madero buscó todo el tiempo refrendar la legitimidad de su movimiento, formulada en el Plan de San Luis. Era de este documento, y no de su personalidad carismática, de donde emanaba la autoridad de Madero. Una parte fundamental de su estrategia consistió en obtener el reconocimiento de esa legitimidad. Lo consiguió cuando el régimen de Díaz accedió a entablar pláticas de paz, aun antes de la toma de Ciudad Juárez.

Los chihuahuenses mostraron mucho valor y determinación para pelear, tal vez más de la que Madero hubiera deseado, pero eso no basta para ganar. Madero era consciente de la complejidad del mundo moderno, y lo más importante: sabía cómo operar en él. Me atrevería a decir que su éxito se debió a una especie de habilidad técnica.

Encuentro muy difícil tomar todos los puntos que he venido señalando y articularlos en una sola sentencia que sirva como tesis. Si tuviera que intentarlo diría que el levantamiento ocurrido en Chihuahua entre noviembre de 1910 y mayo de 1911 no debe entenderse como un movimiento uniforme que condujo al derrocamiento de Díaz. Hubo un antes y un después, el punto de inflexión se encuentra a la llegada de Madero. Éste demostró una habilidad especial para encausar el ímpetu de los rebeldes chihuahuenses, y potenciar la insurrección hasta hacerla triunfar. Aunque el levantamiento en Chihuahua tenía una fuerza y una lógica propias, Madero pudo llevar a cabo su reorientación gracias al eficiente aparato político y militar que había estado organizando desde su estancia en Estados Unidos. Si después de leer mi trabajo se encuentran razones suficientes como para sostener esta idea, entonces podrá decirse que en parte he tenido éxito.

Mi éxito sólo puede ser parcial, pues soy el primero en reconocer las limitaciones de este trabajo. Escribiendo busco fuerza, una fuerza parecida a la que brota de la sierra cuando se pelea contra el gobierno. Debo seguir con esa búsqueda, pues hasta el momento sólo he conseguido muy breves pasajes. He reescrito algunas partes más de cuatro veces, sin quedar del todo conforme. Pero en términos generales creo que el trabajo es comprensible. Fuera del asunto del estilo, que sin duda incide en la explicación, está el asunto de las fuentes, de primera importancia

por tratarse de un trabajo histórico. Si volviera a empezar, optaría por una lectura sistematizada de las fuentes, y no por la lectura casi aleatoria que emprendí en el mero inicio. Con ese fin he preparado una esquematización de las fuentes, que presento a continuación:

En primer lugar están las fuentes directas, publicadas o en archivo. Éstas podrían clasificarse en tres rubros: 1) papeles de Madero, 2) Archivo Histórico de la SEDENA, y 3) relatos, crónicas e historias de los involucrados. Dentro del primer rubro se cuenta el epistolario de Madero publicado por el INEHRM; las primeras fuentes directas que consulté.<sup>7</sup> Luego está el Archivo Madero dividido en dos partes, la que trabajé en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, y otra resguardada por la Secretaría de Hacienda en Palacio Nacional; para ambas existen catálogos.<sup>8</sup> El segundo rubro se compone por las secciones de Operaciones y Cancelados en el Archivo Histórico de la SEDENA; por suerte contamos con publicaciones de 1913 elaboradas a partir de esos mismos papeles.<sup>9</sup>

Mi investigación se basó primordialmente en las fuentes del tercer rubro, en el que debe distinguirse entre los relatos maderistas y los relatos chihuahuenses. Los primeros pertenecen a colaboradores cercanos a Madero en el levantamiento, quienes después publicaron sus memorias, en los años de una revolución ya consagrada.<sup>10</sup> Las excepciones serían las obras de Rafael Aguilar y Roque Estrada,<sup>11</sup> que fueron publicadas inmediatamente después del término de la insurrección, y tienden a criticar la figura de Madero. Por parte de los chihuahuenses

---

<sup>7</sup> Francisco I. Madero, *Epistolario*, México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985, 2 tomos.

<sup>8</sup> María Concepción Santos, *Guía del Archivo Madero de la Biblioteca Nacional*, tesis de licenciatura, México: Facultad de Filosofía y Letras, 1982; Edgar Urbina Sebastián, *Catálogo parcial del Archivo Francisco I. Madero, perteneciente a la SH y CP (cajas 1-23). Madero, los preparativos y la dirección de la revolución de 1910*, tesis de licenciatura, México: Facultad de Filosofía y Letras, 2005; Sandra Reyes Martínez, *Catálogo parcial del Archivo Francisco I. Madero, perteneciente a la SH y CP (cajas 24-44), y el estudio sobre la construcción de una presa en Cañón de Fernández para almacenar las aguas del Río Nazas*, tesis de licenciatura, México: Facultad de Filosofía y Letras, 2005.

<sup>9</sup> Secretaría de Guerra y Marina, *Campaña de 1910 a 1911: estudio en general de las operaciones que han tenido lugar del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911, en la parte que correspondencia la 2a. Zona Militar*, México: Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1913; Secretaría de Guerra y Marina, *Averiguación previa, instruida a solicitud del Señor General Juan J. Navarro con motivo de la rendición de la plaza de Ciudad Juárez y resolución de la Secretaría de Guerra y Marina*, México: Tipográfica "El Republicano", 1913.

<sup>10</sup> Federico González Garza, *La Revolución Mexicana. Mi contribución político-literaria*, edición facsimilar, México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985; Juan Sánchez Azcona, *La etapa maderista de la Revolución*, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1960; la ya mencionada de Aguirre Benavides.

<sup>11</sup> Rafael Aguilar, *Madero sin máscara*, México: Imprenta Popular, 1911; Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapa*, edición facsimilar, México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

encontramos las memorias de hombres que participaron en la rebelión, tal es el caso de Marcelo Caraveo, Heliodoro Olea, José de la Luz Blanco, y Pancho Villa, aunque las de este último se consideren apócrifas.<sup>12</sup> También habría que tener en cuenta los trabajos de periodistas chihuahuenses, que no participaron directamente en el conflicto pero sí realizaron investigaciones que publicaron casi al término del levantamiento.<sup>13</sup>

Todo eso en lo que concierne a las fuentes directas, respecto a las fuentes secundarias o historiografía del tema también puede ensayarse una clasificación. De acuerdo a su enfoque y a los temas particulares que me ayudaron a dilucidar, las obras pueden clasificarse más o menos así: 1) historias de Madero, 2) historias militares, 3) historias chihuahuenses, 4) historiografía estadounidense, y un último apartado para 5) obras clave.

En el primer rubro están las obras dirigidas a estudiar la figura de Madero; aquí caben estudios clásicos como el de Ross, Cumberland, o Valadés,<sup>14</sup> así como biografías al estilo Taracena.<sup>15</sup> Estos autores tuvieron acceso a los papeles de Madero, y a partir de ellos elaboraron sus trabajos. En el segundo rubro están las historias militares del tipo Sánchez Lamego y Luis Garfías, que fueron elaboradas en base a los archivos de la SEDENA, y de las cuales utilicé especialmente la de Sánchez Lamego.<sup>16</sup> El tercer rubro incluye las historias construidas mediante trabajo de campo en Chihuahua, aquí tenemos a la imprescindible obra de Francisco Almada,<sup>17</sup> y

---

<sup>12</sup> Marcelo Caraveo, *Crónica de la Revolución (1910-1929)*, México: Trillas, 1992; Heliodoro Olea, *De Bachíniva a Ciudad Juárez. Apuntes históricos de la revolución de 1910-1911*, Chihuahua: Doble hélice, 2009; "Memorias de José de la Luz Blanco" en José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, Tomo I, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre las Revoluciones Mexicanas, 2006; Pancho Villa, *Retrato autobiográfico 1894-1914*, México: Taurus, 2005.

<sup>13</sup> Gonzalo G. Rivero, *Hacia la verdad: episodios de la revolución*, 2ª ed., Chihuahua: Editorial Gobierno del Estado del estado de Chihuahua, Secretaría de Educación y Cultura, 2004; Ignacio Herreras, *En el Campo Revolucionario*, Chihuahua: 1911; Rafael Illán, *México, el triunfo de la Revolución: o el grito de un pueblo*, El Paso, Tx: Editorial Imprenta Mexicana, 1911.

<sup>14</sup> Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero: apóstol de la democracia mexicana*, México: Editorial Grijalbo, 1959; Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, 7ª ed., México: Siglo XXI, 1997; José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, México: Antigua Librería Robledo, 1960, 2 tomos.

<sup>15</sup> Alfonso Taracena, *Madero: vida del hombre y del político*, México: Editorial Botas, 1937.

<sup>16</sup> Miguel Ángel Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1976; Luis Garfías Magaña, *Historia militar de la revolución mexicana*, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2005.

<sup>17</sup> Francisco R. Almada, *La Revolución en el estado de Chihuahua*, Chihuahua: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana. 1964, 2 tomos; del mismo autor: *Vida, proceso y muerte de Abraham González*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967.

otros trabajos como los de Amaya o Calzadiaz.<sup>18</sup> En el cuarto rubro se encuentran las obras de historiadores estadounidenses que ponen especial énfasis en la actuación de Madero desde Estados Unidos, y el papel que jugó la frontera en el desarrollo de la insurrección; la monumental obra de Katz *La Guerra Secreta en México* puede ser de gran ayuda,<sup>19</sup> pero resultan especialmente significativos los trabajos de Raat, así como el de Coerver y Hall.<sup>20</sup> También hay trabajos como los de Beezley y Meyer, que echan luz sobre personajes de primera importancia, tales como Abraham González y Pascual Orozco, que por alguna razón habían sido relegados a un puesto marginal dentro de los estudios históricos.<sup>21</sup>

En el quinto rubro he colocado obras que difícilmente encajarían en algunos de los primero cuatro rubros, y que por su importancia resultan clave en el tratamiento del tema. En primer lugar, se encuentra la ya mencionada obra de Santiago Portilla, que aborda extensamente todo el periodo y la problemática antirreeleccionista, y que por ser una obra general me sirvió como plataforma de inicio. Hay dos rasgos que yo rescataría de esta obra, y es que tiene mucha claridad a la hora de explicar la organización logística y diplomática que los insurrectos implementaron desde Estados Unidos, y por otro lado detecta perfectamente el gradual paso de lucha de guerrillas a la concentración de fuerzas. Si tuviera que criticarle algún aspecto es que bajo el término “insurrectos” borra casi cualquier distinción entre Madero y los chihuahuenses. No pasa lo mismo con las obras de Katz y Salmerón,<sup>22</sup> que también son clave a pesar de no avocarse especialmente al levantamiento antirreeleccionista. En sus obras sobre el villismo, ambos autores, muestran las características histórico-sociales y geográficas que permiten entender las razones y peculiaridades del movimiento revolucionario en Chihuahua, tanto en el estallido de 1910 como en las fases subsecuentes de la Revolución. Ese seguimiento muestra una lógica social y regional que es de gran importancia en el presente trabajo.

---

<sup>18</sup> Juan Gualberto Amaya, *Madero y los verdaderos revolucionarios de 1910. Hasta la decena trágica y el fin del General Orozco*, México: 1946; Alberto Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la Revolución*, 3ª ed., México: Editorial Patria, 1967, 2 tomos.

<sup>19</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*, 2ª ed., México: Era, 1998.

<sup>20</sup> W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988; Don M. Coerver y Linda B. Hall, *Texas y la Revolución Mexicana. Un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1920*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988;

<sup>21</sup> William H. Beezley, *Insurgent governor: Abraham Gonzalez and the mexican revolution in Chihuahua*, Lincoln: University of Nebraska, 1973; Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*. México: UNAM, 1984.

<sup>22</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2ª ed., México: Era, 2000; Pedro Salmerón, *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*, México: Planeta, 2005.

Así termina esta esquematización, que no pretende ser exhaustiva, sino sólo mostrar algunos criterios que permitirían continuar sobre el mismo tema. Por ahora el trabajo ha sido organizado en tres capítulos. En el primero se presenta la evolución del antirreeleccionismo, de sus orígenes electorales a la lucha armada, y el significado de ese proceso. El segundo es un seguimiento de los primeros tres meses de insurrección en Chihuahua; se muestra la lógica que adoptaron los primeros revolucionarios sobre el campo de batalla, y que configuraría la situación chihuahuense que debió enfrentar Madero. El tercer y último capítulo consiste en un análisis del proceso de reorientación llevado a cabo por Madero; resalta la manera en que hizo valer su autoridad transformando los mecanismos que habían caracterizado a la insurrección en sus primeros meses.

Llegados a este punto, y antes de pasar al cuerpo del trabajo, se abre el espacio para los créditos. En primer lugar agradezco a mi sínodo. A Javier Rico, que además de ser mi asesor, me ayudó a cumplir con el trámite de titulación. A Josefina Macgregor y Bernardo Ibarrola, pues el inicio, desarrollo y fin de mi trabajo se debe a la excelente labor que ambos realizan en sus seminarios de investigación. También a Edgar Rojano y Pedro Salmerón, que leyeron y criticaron mi trabajo, completando así este sínodo.

En segundo lugar, pero primero de importancia, agradezco a María Guadalupe Figueroa Alfonso, mi señora madre. En realidad Ella tiene todo el crédito, no por los años enteros de paga, sino por el coraje que me ha infundido en los momentos de la Verdad. Ella y mi hermano Héctor Alejandro son el equilibrio, me cuidan de los pasos en falso, y siempre les estaré en deuda por eso. No quiero olvidar a Paco Iván “El Burro” Valencia, sin su amistad no hubiera soportado los *Años de Encierro en la Gran Ciudad*. Lo mismo Tío Enrique Figueroa, quién desde el principio estuvo ahí para enseñarme a sobrevivir en la megalópolis, y además realizó una lectura enriquecedora de mi trabajo. Me falta alguien, pero se hace tarde, y es mejor pasar a lo que realmente nos interesa.

Sufragio Efectivo, No Reección.

Alberto F. Márquez Figueroa

Sombrerete, Zacatecas,  
noviembre 2010

# CAPÍTULO I

## LA LUCHA ANTIREELECCIONISTA

### 1. ENTRE EL CIVISMO Y LAS ARMAS

Ajeno e independiente a un levantamiento armado, el antireeleccionismo fue esencialmente un movimiento cívico. Se concibió originalmente como un partido ciudadano, y su desarrollo tuvo que ver con una nueva forma de hacer y entender la política en México. Una conciencia tan arraigada, que permaneció con el antireeleccionismo, aun cuando éste se enfiló por la vía armada. De cualquier forma, existe una evidente continuidad en los modos de organizar y dirigir, primero la campaña electoral y luego la insurrección. Es por eso que conviene empezar con un recuento de la etapa previa al levantamiento. De esta manera deberían quedar asentados los rasgos más notables de lo que podría llamarse el estilo antirreeleccionista, que son tres a nuestro entender: 1) apego a la legalidad, 2) organización formal y centralizada, y 3) visión nacional.

Estos rasgos ya se encontraban en *La sucesión presidencial en 1910*, que bien puede considerarse el texto fundacional del antireeleccionismo. Publicada en enero de 1909, la obra sirvió para que Madero expusiera su proyecto de partido nacional independiente. De acuerdo con este proyecto era necesario oponerse al régimen de Díaz por un *medio legal*. El medio sería un partido político, es decir un *organismo*, capaz de agrupar a la oposición de todo el país. Este último era un punto muy importante, pues por su experiencia en los comicios estatales de Coahuila, Madero sabía que sólo un esfuerzo *nacional* podría enfrentar con éxito al gobierno central.

Si bien, consideraba urgente dar cuerpo a una oposición nacional, lo principal para Madero era hacerlo por medios estrictamente legales. La confrontación directa con el gobierno fue descartada inicialmente. Para Madero era importante que la ley no sólo se respetara de forma, como lo había hecho Díaz, sino también de fondo. Por ello toda su actividad política estuvo inspirada por un profundo sentido de la legalidad, que trató de conservar aun al tomar las armas. No obstante, antes de esta última opción, Madero siguió fielmente los principios de un

movimiento cívico-legal, y por ende pacífico. La base de tal movimiento se halló en la formación y propagación del partido que preveía *La sucesión presidencial*.

Con la intención de darle forma a ese partido, Madero viajó a la Ciudad de México en febrero de 1909. En la capital, gracias a una intensa actividad epistolar, así como a las simpatías despertadas por su reciente publicación, Madero pudo reunir un pequeño círculo de partidarios; la mayoría de ellos eran profesionistas, sobre todo jóvenes abogados y periodistas independientes. Éste fue el núcleo del Club Central Antireeleccionista, fundado en mayo de 1909. Desde ese momento, quedó instalada una mesa directiva encargada de promover la fundación de clubes antireeleccionistas por toda la república; ello con el fin de tomar parte activa en las elecciones federales de 1910.

La figura de un club central, el hecho de que éste contara con una mesa directiva debidamente conformada,<sup>1</sup> así como la existencia de una declaración de principios, son muestras de una mentalidad que tiende a organizar y formalizar. Más que haber surgido, el antireeleccionismo se instituyó con un programa, y a partir de un centro director. Lo cual no es irrelevante, pues nos habla sobre un modo particular de entender la organización política. A lo largo de su lucha, ya fuera pacífica o armada, Madero siempre buscó formalizar su organización. Con ello no sólo buscaba eficiencia, sino también cierta legitimidad; pues un orden que se define a través de reglamentos escritos, y es resguardado por una jerarquía, está en vías de hacerse oficial.

El centro de la actividad antireeleccionista se instaló en la Ciudad de México, lo cual fue una clara expresión del carácter ciudadano del movimiento. Desde aquí se dirigió una campaña de propaganda al interior del país, con la intención de formar juntas directivas que se encargaran de la creación de clubes a nivel local. De esta manera se organizaría un partido con clubes, que dependerían de juntas estatales, que a su vez se someterían a una dirigencia central. Esta planeación permitió que el antirreeleccionismo llegara, si no a cada rincón del país, sí a sus principales poblaciones. A ello también contribuyó el tipo de campaña instrumentada por Madero, muy inspirada en el modelo norteamericano.

Según Cumberland, el 18 de junio de 1909 se inauguró una divergencia en la historia política mexicana, pues ese día Madero salió de la Ciudad de México para iniciar una serie de

---

<sup>1</sup> El licenciado Emilio Vázquez Gómez, que era uno de los de mayor edad y además contaba con cierta relevancia en el medio político, fue nombrado presidente. Por su parte, Madero y Filomeno Mata, un destacado periodista independiente, fungieron como secretarios, Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia*, p. 94.

giras por las principales ciudades del país.<sup>2</sup> La primera de esas giras lo llevó a visitar los estados de Veracruz, Yucatán, Campeche, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, donde apoyó la campaña estatal de Venustiano Carranza. A finales de 1909 y principios de 1910, Madero retomó sus giras, esta vez por Querétaro, Jalisco, Colima, Sinaloa, Sonora y Chihuahua. En marzo de 1910 volvió a Coahuila, para de ahí pasar a Durango, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y Guanajuato. En sus visitas, Madero fue organizando núcleos de partidarios, que luego conformaron la estructura de su partido. Así mismo, aprovechó las elecciones estatales de 1909 en varios estados, como Coahuila, para promocionar el antireeleccionismo a nivel nacional.<sup>3</sup>

Toda esta actividad provocó que para mediados de 1910 el antireeleccionismo se hubiera ramificado a través de clubes en buena parte del país. Madero había alcanzado tal popularidad, que a nadie sorprendió su designación como candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista a la presidencia de la república. Este nombramiento fue el resultado de una convención celebrada en mayo de 1910, en la que estuvieron representados los clubes antireeleccionistas de todo el país. Sin recurrir a ninguno de los modos que caracterizaron a la política mexicana en el siglo XIX, Madero fue capaz de movilizar a importantes sectores de la sociedad, y conformar una oposición legítima al gobierno. El problema era que Díaz no pensaba actuar de la misma manera.

Ya en sus giras, Madero había tenido que enfrentar la creciente represión del aparato oficial. A medida que el movimiento antireeleccionista cobraba fuerza, Díaz se fue preocupando, y dispuso todo tipo de obstáculos para desalentar a Madero y sus seguidores. Los maderistas mostraron mucha prudencia; todo el tiempo se cuidaron de no ofrecerle pretextos al gobierno. Pero una vez iniciada la campaña presidencial, la persecución se hizo abierta, y llegó al grado de provocar la detención injustificada del candidato opositor. Aún así, Madero siguió firme en su resolución de actuar únicamente por causas legales. De hecho tuvo que contener la animosidad de algunos partidarios, que sin esperar las elecciones, pensaban levantarse en armas.

Según Cumberland, Madero se hallaba desgarrado por dos principios antitéticos: el de la institución de prácticas democráticas y el de mantener la paz a toda costa.<sup>4</sup> Madero y la dirigencia del partido antireeleccionista estaban casi convencidos de que Díaz recurriría al fraude, e incluso

---

<sup>2</sup> Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 86.

<sup>3</sup> Además de las giras de discursos, el antireeleccionismo tuvo un valioso medio de difusión en el periodismo. Ya en *La Sucesión Presidencial*, Madero había adelantado la importancia que tendría la prensa en el marco de una campaña democrática. El fenómeno de la propaganda en el movimiento antireeleccionista es un tema que no tratamos a profundidad en este trabajo; sin embargo nos parece fundamental, pues revela el carácter moderno del instrumental político que desplegó Madero.

<sup>4</sup> Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 130.

a la violencia, para mantenerse en el poder.<sup>5</sup> La posibilidad de una guerra civil aparece como una sombra a lo largo de toda *La sucesión presidencial*. La obra anunciaba que la campaña legal contra el régimen porfirista sería agitada, aun peligrosa, pero que dependería únicamente del gobierno, el no hacerla degenerar en una lucha sangrienta. En otras palabras, Madero quería evitar la revolución, pero en última instancia delegaba esa responsabilidad en Díaz.

Tal y como preveían los maderistas, las elecciones se llevaron a cabo bajo un clima de represión generalizada, y Díaz resultó electo una vez más. Madero había escrito un par de cartas a Díaz desde su prisión en Monterrey; en ellas hacía patente su intención de solucionarlo todo por la vía pacífica. Inclusive había estado dispuesto a aceptar la reelección de Díaz, siempre y cuando se le permitiera al Partido Antireeleccionista nombrar al vicepresidente. Ante la negativa de Díaz a cualquier tipo de arreglo, los antireeleccionistas empezaron a considerar seriamente la acción armada. Antes de tomar la última decisión, quisieron agotar todas las instancias legales, y solicitaron la anulación de las elecciones al Congreso de la Unión. Era seguro que el Congreso fallaría a favor de Díaz, pero sólo así se iba a recorrer por completo el camino de la legalidad.

En algún momento de su cautiverio, Madero se convenció o fue convencido de tomar las armas. Sin embargo, estuvo aplazando el momento de hacerlo hasta asegurarse de que Díaz no transigiría ni un poco. Mientras estuvo en San Luis Potosí, a donde se le había trasladado desde Monterrey, Madero sostuvo pláticas con varios de sus partidarios más cercanos. Entonces manifestó su propósito de preparar un levantamiento; en ese sentido instruyó a sus allegados para que se refugiaran en Estados Unidos y comenzaran los preparativos.<sup>6</sup> San Antonio, Texas, fue el lugar elegido por los antireeleccionistas como punto de reunión y base de operaciones. A esta ciudad llegó Madero, tras escapar de San Luis Potosí, en los primeros días de octubre. Fue entonces cuando se logró la redacción definitiva del Plan de San Luis, documento que serviría como fundamento de la insurrección.

El Plan de San Luis es muy valioso desde nuestro punto de vista ya que explica el sentido de la acción maderista antes y durante el levantamiento. El documento prueba que el antireeleccionismo creó su propia legitimidad en el terreno cívico, y luego la trasladó al campo de batalla. En dicho plan, Madero abandona los causes legales, pero lo hace tras demostrar que estos han quedado agotados. Y ahora, aunque recurre a la fuerza, su proceder no deja de tener ciertos

---

<sup>5</sup> Sánchez Azcona, *La etapa maderista*, p. 32.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 33.

títulos de legalidad. Ésta se halla en el hecho de haber respetado la ley desde el inicio, y realizar una campaña democrática, que le habría llevado a la presidencia. Mediante tal razonamiento, Madero termina siendo el guardián de la ley, que obligará al general Díaz a respetar la voluntad nacional con el poder de las armas.

Cabe señalar que la acción insurreccional no fue secundada por todos los antireeleccionistas con la misma decisión. Después de todo, muchos gozaban de una posición más o menos cómoda, y no estaban dispuestos a enfrentarse al gobierno en una lucha en que la victoria parecía bastante remota. Fue así como se operó un corte importante dentro del núcleo antireeleccionista. Al final, fueron sólo algunos de los miembros más decididos, quienes asumieron la organización y dirigencia del levantamiento. De cualquier modo, no se puede menospreciar el papel que jugó la estructura partidista a la hora de organizar la insurrección. Fue entonces, cuando los vínculos formados en la fase de expansión del partido se reactivaron con el propósito de levantar al país en armas.<sup>7</sup>

Los trabajos de preparación se intensificaron a partir de la llegada de Madero a San Antonio. Estos consistían principalmente en comisionar partidarios o simpatizantes, para que activaran la insurrección a lo largo del país. El hotel en que se hospedaba Madero se convirtió en un centro de recepción para antireeleccionistas, quienes tras una breve estancia, regresaban a México con instrucciones.<sup>8</sup> Tal y como se había hecho en la fase proselitista, se trataba de organizar el movimiento a nivel local gracias a la acción de agentes enviados por la dirigencia nacional. Los partidarios más destacados, además de tomar a su cargo labores de organización, recibieron nombramientos de gobernador provisional para sus respectivos estados.<sup>9</sup> De esta manera se fue conformando el gobierno civil, que según Madero, debía servir como base de la insurrección.

Ahora bien, es importante identificar las expectativas que Madero se formó con respecto a la insurrección, pues explican su fracaso inicial, así como su desarrollo subsecuente. Estas se encuentran reflejadas en los preparativos realizados desde San Antonio; en las comunicaciones

---

<sup>7</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 81.

<sup>8</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 308.

<sup>9</sup> Gracias al relato de Sánchez Azcona podemos sacar una relación de quienes eran algunos de los principales antireeleccionistas involucrados en la preparación del levantamiento en los estados. Alfredo Robles Domínguez y Francisco Cosío Robelo para el Distrito Federal y Estado de México, Ramón Rosales en Hidalgo, Juan Andrew Almazán en Guerrero, Abraham González en Chihuahua, Manuel Bonilla en Sinaloa, José María Maytorena en Sonora, Venustiano Carranza en Coahuila, José María Pino Suárez en Yucatán, Campeche y Tabasco, León Aillaud y Alfredo Álvarez en Veracruz, Aquiles Serdán en Puebla y Tlaxcala, Sánchez Azcona, *La etapa maderista*, p. 36.

que Madero mantuvo con algunos de sus allegados; y en varios puntos del Plan de San Luis. Todo ello indica que Madero esperaba un levantamiento similar a los constantes golpes de estado del siglo XIX. Para ello contaba con el apoyo de sectores inconformes del ejército, así como de las clases medias urbanas, que tan favorablemente habían acogido el discurso antireeleccionista.<sup>10</sup> Según el cálculo de la dirigencia maderista, una vez tomadas las calles del país por la población civil, y con una parte del ejército en su contra, el gobierno caería rápidamente, sin un gran derrame de sangre.

Por los testimonios de Roque Estrada y Rafael Aguilar, quienes integraron el núcleo antireeleccionista en San Antonio, sabemos que Madero confió demasiado en sus previsiones. Esto lo llevó a calcular exageradamente sus posibilidades de éxito. Según él, serían los numerosos partidarios de su lucha democrática, quienes ahora se levantarían “como un solo hombre” contra el régimen de Díaz.<sup>11</sup> Madero pensaba que con el apoyo del ejército, la insurrección triunfaría en cuestión de semanas, a lo sumo en dos meses. Aunque hay buenas razones para desconfiar de nuestros informantes,<sup>12</sup> es el mismo Madero quien confirma su exagerado optimismo en comunicaciones como esta: “[...] innumerables correligionarios me han anunciado su resolución inquebrantable de levantarse en armas contra el actual gobierno [...] cuento con más de 20 estados que me secundaran desde un principio y una buena parte del ejército que se ha comprometido con nosotros.”<sup>13</sup>

Un cálculo como este, sin duda impactó en la planeación concreta del levantamiento. En ese sentido, Cumberland piensa que no se planeó un movimiento perfectamente coordinado.<sup>14</sup> No hubo zonas de mando bien delimitadas, ni jefes con misiones específicas. La falta de tiempo y las limitaciones mismas de los maderistas no permitían algo así.<sup>15</sup> Se trataba más bien de provocar un levantamiento general a partir de la proliferación de brotes armados en los principales puntos

---

<sup>10</sup> A excepción del artículo 3º del Plan de San Luis, que anunciaba la restitución de tierras a quienes las hubieran perdido de manera arbitraria, no tenemos buenas razones para pensar que Madero esperara el apoyo del medio rural, Katz, *Pancho Villa*, p. 72.

<sup>11</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 324.

<sup>12</sup> Debemos tener en cuenta que muchas de las opiniones expresadas por Rafael Aguilar y Roque Estrada en sus publicaciones de 1911 y 1912, respectivamente, contribuyeron al descrédito de Madero, una vez que éste había ocupado la presidencia.

<sup>13</sup> Francisco I. Madero a Ing. Francisco Naranjo, San Antonio, TX, Noviembre 5 de 1910, en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 306.

<sup>14</sup> Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 144.

<sup>15</sup> El mismo Madero era perfectamente conciente de esta situación, y así se lo expresó a su principal agente en la Ciudad de México. Francisco I. Madero a Federico Werther (Alfredo Robles Domínguez), San Antonio, TX, Octubre 31 de 1910 en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 297.

del país. Sin embargo, no puede hablarse de la falta absoluta de una estrategia. Gran parte de las esperanzas de Madero se fincaban en un “triple golpe” al centro del país.<sup>16</sup> Según este plan, la Ciudad de México caería gracias a una especie de cuartelazo, dado por la guarnición militar en alianza con voluntarios antirreeleccionistas; la capital quedaría asegurada gracias a levantamientos simultáneos en Puebla y Pachuca.

Tal estrategia condicionó seriamente la distribución de recursos por parte de la dirigencia. Fue así que una importante cantidad de dinero y armas fue destinada a la Ciudad de México y Puebla, consideradas como los objetivos principales.<sup>17</sup> Meses más tarde, ya en plena campaña militar en Chihuahua, Madero reconoció ante la prensa norteamericana que los preparativos militares del antirreeleccionismo se habían enfocado casi por completo al centro del país, y que la insurrección hubiera sido nulificada de no ser por el surgimiento de otros frentes de batalla.<sup>18</sup> Con cierta razón, Roque Estrada llegó a preguntarse, el por qué Madero no había apostado desde un principio por el norte, donde la frontera con Estados Unidos representaba una ventaja para cualquier insurrección.<sup>19</sup> La respuesta se halla en la mentalidad de Madero, que pensaba dirigir una insurrección bajo lineamientos parecidos a los que había seguido en su campaña cívica, y no quería aceptar la posibilidad de un conflicto a gran escala.

Con todo y que Madero decidió levantarse en armas, él nunca fue un partidario entusiasta de la revolución, su oposición a la violencia figuraba como uno de los puntos principales en *La sucesión presidencial*. Según Madero, un cambio por las armas sólo agravaría la situación interna del país, prolongaría la era del militarismo, y atraería graves complicaciones internacionales. Por eso, en el Plan de San Luis responsabilizó a Díaz por el conflicto que se avecinaba. Ahí mismo comenzaba por comparar a la revolución con un sacrificio. Todo ello nos habla de una resistencia a tomar abiertamente el camino de las armas. Fue así que llegado el momento, Madero imaginó y preparó una revolución rápida, y hasta cierto punto pacífica.

En ese sentido es perfectamente lógico que Madero prefiriera un golpe de estado, y no una revuelta como la que luego tendría que enfrentar. Atendía a las ciudades del centro porque de éstas había sacado su fuerza. El urbano era el medio en que mejor se desenvolvía, sus métodos

---

<sup>16</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, pp. 319-320.

<sup>17</sup> Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 80.

<sup>18</sup> Francisco I. Madero a Sr. William Randolph Hearst, campamento del Ejército Libertador, cuartel general a orillas del Bravo, frente a Ciudad Juárez, abril 25 de 1911, en el Archivo Madero de la Biblioteca Nacional, de ahora en adelante (AM-BN), caja 2, Ms. M/139.

<sup>19</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 332.

mismos pertenecían a la ciudad. Aquí se hallaban los ciudadanos que formaban el núcleo principal de su proyecto democratizador. Por otro lado, y en concordancia a su actividad anterior, Madero concedió una gran importancia a la capital. Además de ser el lugar ideal desde el cual difundir la insurrección; tomar el centro político y administrativo de la dictadura aceleraría su caída, y con ello se evitarían grandes trastornos. En el pensamiento de Madero todo podía resolverse en la Ciudad de México, y quería que el encargado de la plaza se convenciera de ello;

...veo que cavila ud en intentar algo en esa capital, lo cual en verdad yo no apruebo, pues contando con los importantísimos elementos con que contamos, sin efusión de sangre ni grandes dificultades se puede dar un **golpe decisivo** [...] este golpe debe ser dado por la guarnición [...] que se haga cargo de las fuerzas militares que operan en esa capital, el jefe militar de más alta graduación que esté de acuerdo con nosotros<sup>20</sup>

## 2. MADERISMO DE FRONTERA

La estrategia en que Madero había fincado gran parte de sus esperanzas no resistió siquiera el comienzo de las hostilidades. Poco antes del 20 de noviembre, el gobierno descubrió los preparativos en Puebla y la Ciudad de México. La mayoría de los antirreeleccionistas encargados de dar “el golpe al centro” fueron detenidos o asesinados, como sucedió con los hermanos Serdán en Puebla. Las pocas posibilidades de éxito que le quedaban a la insurrección se agotaron en los siguientes días. El ejército permaneció completamente fiel a Díaz, y los contingentes ciudadanos no hicieron su esperada aparición. De hecho, llegado el 20 de noviembre, nada salió como lo había planeado la dirigencia maderista.

Madero esperaba cruzar la frontera por Ciudad Porfirio Díaz (hoy Piedras Negras), y establecer ahí su gobierno provisional.<sup>21</sup> Para ello contaba con la ayuda de su tío Catarino Benavides, quien se había comprometido a reunir un buen número de hombres para la toma de aquella ciudad. El capitán Rafael Aguilar, siendo de los pocos militares profesionales que acompañaban a Madero, sería el encargado de dirigir la operación, programada para el amanecer del día 20.<sup>22</sup> La noche anterior, Aguilar esperó a las márgenes del Río Bravo la llegada de Benavides. Amaneció sin que hubiera señales del tío ni de sus hombres. A la hora indicada,

---

<sup>20</sup> Francisco I. Madero a Ing. Alfredo Robles Domínguez, San Antonio, TX, en Madero, *Epistolario (1910)*, p.305.

<sup>21</sup> Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia*, p. 192.

<sup>22</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 18. El relato de Aguilar es fundamental en nuestro trabajo, pues refleja la visión de un militar profesional que acompañó a Madero durante los meses de la insurrección. Aguilar era uno de los tres jóvenes oficiales del ejército federal que se habían unido a Madero. Su relato fue publicado recién terminado el levantamiento maderista, y en éste encontramos una constante crítica a las disposiciones de Madero.

pensando que todo se había resuelto, Madero y su comitiva llegaron, sólo para unirse a la espera. Finalmente, apareció Benavides acompañado por menos de una docena de hombres, algunos de ellos desarmados. Así se frustró la primera acción revolucionaria de Madero, quien ese mismo día volvió a su refugio en San Antonio.

Las noticias provenientes del centro del país, la fallida incursión por la frontera, y la relativa calma con que transcurrió el día 20, debieron ser la forma más desalentadora de iniciar la insurrección. Al parecer, nadie en la dirigencia maderista estaba preparado para enfrentar tal adversidad. Según Estrada, los familiares de Madero se hallaban resignados, y le aconsejaban a éste partir a Europa, y disculparse ante Díaz, para así evitar la persecución de sus partidarios.<sup>23</sup> A pesar del desánimo, Madero no quería abandonar la insurrección, sólo pensó en interrumpirla temporalmente. Según Aguilar, planeaba refugiarse en La Habana, y desde ahí esperar que se produjera un levantamiento de importancia.<sup>24</sup> Lo cierto es que Madero estaba en San Antonio como a la deriva y en riesgo de ser capturado, pues la diplomacia de Díaz presionaba cada vez más en ese sentido. Fue por ello que dejó San Antonio para pasar a Nueva Orleans, y evitar su persecución.

Estando en Nueva Orleans, Madero parecía convencido de seguir con la insurrección. El problema era que no tenía idea de qué hacer o a dónde dirigirse;<sup>25</sup> había confiado tanto en su estrategia inicial, que no se preocupó por un plan alternativo. Según Cumberland, Madero pensaba utilizar Nueva Orleans como punto de partida hacia algún lugar del Golfo donde pudiera reactivar la insurrección.<sup>26</sup> Sin embargo este plan no surgió sino hasta días después de haber llegado a Nueva Orleans, y más que plan era una idea muy vaga.<sup>27</sup> Si lo que dice Aguilar es cierto, Madero habría llegado a esta ciudad con la intención de pasar a La Habana y ganar más tiempo. Al final, Madero no hizo ninguna de esas cosas, sino que permaneció en Nueva Orleans. Durante casi un mes estuvo buscando la manera de entrar a México para redirigir la insurrección. Hacia finales de 1910, la mejor oportunidad parecía ofrecerla Chihuahua, donde la actividad revolucionaria había ido cobrando mayor intensidad.

---

<sup>23</sup> Estrada, *La revolución y Francisco I. Madero*, p. 350.

<sup>24</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 24.

<sup>25</sup> Francisco (I. Madero) a Dolores G. de Montiel (Mercedes de Madero), Nueva Orleans, diciembre 3 de 1910 en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 314.

<sup>26</sup> Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 146.

<sup>27</sup> Francisco (I. Madero) a F. López (Francisco Madero, padre), Nueva Orleans, diciembre 4 de 1910; Francisco (I. Madero) a Juana P. de Montiel (Sara de Madero), Nueva Orleans, Diciembre 7 de 1910; (Francisco I. Madero) a Juana P. de Montiel (Sara de Madero), Nueva Orleans, Diciembre 14 de 1910; las tres cartas en Madero, *Epistolario (1910)*, pp. 315, 318, 322.

Madero y sus colaboradores sabían del levantamiento en Chihuahua desde sus primeros días, pero al parecer no le prestaron mucha importancia. Conforme pasaba el mes de diciembre, las noticias provenientes de Chihuahua resultaban cada vez más alentadoras. Según la prensa estadounidense y los mismos contactos de Madero en la frontera, el ejército federal había estado teniendo serios problemas para sofocar los brotes armados que desde el 20 de noviembre habían aparecido en la región serrana del estado. Para finales de 1910 estaba claro que éste era el principal foco revolucionario del país, y fueron varias las ocasiones en que Madero ordenó el envío de ayuda a Chihuahua desde Nueva Orleans.<sup>28</sup> Estos envíos se incrementaron a partir de que Madero empezó a considerar seriamente la posibilidad de ingresar a territorio nacional por ese estado. A pesar de todos los intentos de la dirigencia maderista, tendrían que pasar dos meses antes de que su líder pudiera aparecer en Chihuahua.

Este periodo, en que el antireeleccionismo permaneció en Estados Unidos, podría definirse como uno de transición. Fue entonces cuando se produjeron los cambios que definirían el nuevo rumbo de la insurrección. Como hemos visto, la estrategia inicial del maderismo, que contemplaba un movimiento urbano, masivo, rápido y poco turbulento, se frustró muy pronto. Ante el fracaso inicial, Madero debió desengañarse sobre planes y expectativas que había formulado desde una visión esencialmente civilista. Para continuar con su lucha tuvo que ir replanteándola de acuerdo con nuevas e inesperadas condiciones. Quizá la más determinante para entonces, era la del exilio en Estados Unidos. Con ello la insurrección adquirió un carácter fronterizo, que se reforzó por el surgimiento de Chihuahua como principal foco revolucionario. Así se fue produciendo un cambio en la geografía política del maderismo; primero del centro del país hacia la frontera norte, y luego de la ciudad al campo.

En el replanteamiento estratégico, la relación con Estados Unidos pasó a ocupar un papel más decisivo de lo que se había pensado. Ahora existía la necesidad de fomentar y guiar la insurrección desde territorio estadounidense. Para lograr esto, Madero echó mano de lo que autores como Dirk Raat han llamado un “aparato revolucionario”.<sup>29</sup> Éste podría definirse como el

---

<sup>28</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 348; Francisco (I. Madero) a Juana P. de Montiel (Sara de Madero), Nueva Orleans, Diciembre 3 de 1910; Francisco (I. Madero) a F. López (Francisco Madero, padre), Nueva Orleans, Diciembre 4 de 1910; Francisco (I. Madero) a Juana P. de Montiel (Sara de Madero), Nueva Orleans, Diciembre 12 de 1910; (Francisco I. Madero) a Juana P. de Montiel (Sara de Madero), Nueva Orleans, Diciembre 16 de 1910; las cuatro cartas en Madero, *Epistolario (1910)*, pp. 315, 315, 322, 325.

<sup>29</sup> No sólo Raat, sino otros autores norteamericanos como Don Coerver y Linda Hall, han puesto énfasis en la habilidad demostrada por Madero para operar desde Estados Unidos. Esto se debió a las relaciones políticas y financieras con que contaba en ambos lados de la frontera, y que explotó tan eficientemente. En esa capacidad de

conjunto debidamente organizado de recursos políticos, financieros y militares, a cargo de una dirigencia. En el caso concreto del maderismo, encontramos señales de tal aparato en la instauración de un sistema de oficinas en la frontera, la organización de un gabinete provisional, o la puesta en marcha de una red de tráfico de armas. Fue gracias a este tipo de gestión, que Madero pudo mantener contacto con la insurrección al otro lado de la frontera, apoyarla, y llegado su momento encabezarla.

El funcionamiento de todo este aparato requirió de una importante cantidad de dinero, misma que provino de la fortuna familiar Madero. Aunque algunos jefes antirreeleccionistas aportaron una cantidad estimable para los preparativos y el desarrollo de la insurrección en sus regiones, ésta no hubiera sido posible sin el financiamiento constante de los Madero. Raat calcula que Francisco Madero padre, hijo y hermanos pudieron haber reunido cerca de un millón de dólares para cubrir los gastos de la revolución.<sup>30</sup> Casi todo éste dinero provino de la venta de propiedades y acciones, así como de la solicitud de préstamos a título personal.<sup>31</sup> Francisco hijo, lo mismo que sus hermanos, demostraron su experiencia como empresarios al implementar una administración profesional de los recursos. Los gastos abarcaron entre otras cosas, la movilización de agentes antirreeleccionistas por México y Estados Unidos, el sostenimiento de publicaciones periódicas, la compra de armamento y provisiones, así como el pago de secretarios, abogados, espías y agentes comerciales.

Tal vez encontremos la parte más representativa del aparato revolucionario maderista en el pequeño sistema de oficinas instalado en algunas ciudades fronterizas de Estados Unidos. Estas oficinas resultaron fundamentales para mantener la unidad del movimiento antirreeleccionista en su momento más crítico, que corresponde a la estancia de Madero en Nueva Orleans. No encontramos una denominación precisa para tales oficinas; así como algunos autores hablan de Oficinas de la Revolución, otros hablan de Agencias o Juntas revolucionarias. Esta confusión puede deberse a que desde la etapa organizativa de la insurrección se crearon oficinas que, luego, conforme la insurrección avanzaba, fueron cambiando de nombre y carácter. Lo cierto es que sus funciones generales fueron todo el tiempo las mismas: transmitir instrucciones de la dirigencia,

---

operación se encuentra la principal diferencia con otros grupos revolucionarios de la época como podrían ser los magonistas o los orozquistas. Raat, *Los revoltosos*, p. 202; Coerver y Hall, *Texas y la Revolución Mexicana*, p. 31.

<sup>30</sup> Raat, *Los revoltosos*, p. 211.

<sup>31</sup> Sánchez Azcona, *La Etapa Maderista*, p. 36; Francisco I. Madero a Don Gustavo A. Madero, San Antonio, TX, noviembre 1 de 1910, en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 299.

recavar información, realizar propaganda a favor de la causa antireeleccionista, y facilitar el movimiento de hombres, armas, y otros recursos.

La primera entidad de este tipo de la que tenemos noticia es la Junta Central Organizadora; instalada en San Antonio, se encargó de coordinar los preparativos de la insurrección durante julio y noviembre de 1910.<sup>32</sup> Cuando Madero partió a Nueva Orleans, el resto de la dirigencia antireeleccionista se quedó en San Antonio y formó la Agencia del Gobierno Provisional, con Federico González Garza al frente. Como secretario general, González Garza estaba facultado para desempeñar las funciones que le correspondían al presidente provisional. Las tareas desempeñadas por la Agencia en San Antonio evitaron que se paralizara la actividad revolucionaria a lo largo de la frontera durante la ausencia de Madero, quien a su vez no quedó completamente aislado en Nueva Orleans.

La Agencia del Gobierno Provisional en San Antonio mantuvo contacto con la Junta revolucionaria de El Paso. Esta última era dirigida por Abraham González, quien había sido nombrado por Madero gobernador provisional de Chihuahua, y era el contacto directo con los insurrectos que operaban al interior de aquel estado. Fue así, por medio del enlace Nueva Orleans–San Antonio–El Paso, que Madero estuvo al tanto de la situación en Chihuahua, e incluso trató de colaborar con los esfuerzos que ahí se realizaban. A mediados de diciembre, cuando Madero empezó a ver en Chihuahua el terreno favorable para su ingreso al país, González Garza y Alfonso Madero se reunieron con un ayudante de Abraham González en San Antonio para discutir las condiciones en que podía propiciarse la entrada. Al parecer, González Garza y Alfonso Madero no creyeron que los chihuahuenses pudieran garantizar la seguridad personal de Madero, y por lo tanto aplazaron la decisión.<sup>33</sup>

Debido al fracaso del levantamiento maderista en Coahuila, y su éxito en Chihuahua, la junta revolucionaria en San Antonio fue perdiendo importancia, que en cambio ganó la junta en El Paso. Hacia finales de enero de 1911, Alfonso Madero relevó de sus funciones en San Antonio a González Garza, y éste se trasladó a El Paso, con la misión de preparar el ingreso de Madero a Chihuahua. Para entonces estaba claro que el futuro del movimiento dependía de lo que ocurriera en ese estado, y por lo tanto era necesario trabajar de cerca con Abraham González y el resto de

---

<sup>32</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 315; Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 358.

<sup>33</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 364

los jefes chihuahuenses. Por su proximidad a Chihuahua, la junta revolucionaria de El Paso terminó convirtiéndose en la más importante de las juntas instaladas en la frontera.

Gracias al estudio de Santiago Portilla, sabemos de juntas revolucionarias en Laredo, Douglas, Bisbee, Nogales y Los Angeles.<sup>34</sup> La apertura de éstas se debió muy probablemente a la expansión de la actividad revolucionaria a otros estados norteros además de Chihuahua, lo cual ocurrió en los primeros meses de 1911. Tras la entrada de Madero a territorio nacional, y la intensificación del levantamiento que ello provocó, las juntas revolucionarias cobrarían una nueva importancia. Encabezadas por la de El Paso, el resto de las juntas llegaron a formar una red de inteligencia y aprovisionamiento, que hizo posible la operación de grupos armados más numerosos y mejor organizados al otro lado de la frontera.<sup>35</sup> Cabe mencionar que para el efectivo funcionamiento de esa red, tuvo que costearse un pequeño servicio secreto, integrado por detectives privados y cónsules mexicanos sobornados; lo cuál nos habla de la capacidad operativa del aparato revolucionario instrumentado por Madero.<sup>36</sup>

Hay otro elemento que no quisiéramos dejar de señalar a propósito de este sistema de oficinas, ya que revela el sentido entero del aparato revolucionario maderista. Tiene que ver con la tendencia a organizar formalmente, y a la idea de lo oficial, de las que ya habíamos hablado. Además de haber mostrado eficacia en el cumplimiento de sus labores, las agencias revolucionarias otorgaron formalidad a la insurrección. La misma formalidad que hallamos en el nombramiento de gobernadores provisionales, o en la conformación de un gabinete con secretarías y estado mayor. Estos elementos nos hablan de una dirigencia que trata de simular un gobierno, por eso la noción de aparato resulta tan afortunada. A través de su aparato revolucionario, Madero no sólo organiza y dirige la insurrección de forma profesional, sino que también lo hace de forma casi oficial. Ello muestra que el antireeleccionismo no perdió su carácter distintivo, aun cuando haya tenido que cambiar de entorno geográfico, de estrategia, y de colaboradores.

Buena parte de la comunicación que propiciaban las juntas revolucionarias tenía la intención de moralizar a los combatientes, y ejercer algún control sobre ellos. Katz cita una carta en la que la Agencia del Gobierno Provisional en San Antonio se dirige a un revolucionario para girarle instrucciones, y al mismo tiempo demandarle que respete los intereses extranjeros y la

---

<sup>34</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 317.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 322.

<sup>36</sup> Raat, *Los revoltosos*, pp. 203-205; Coerver y Hall, *Texas y la Revolución Mexicana*, pp. 32-35.

propiedad privada.<sup>37</sup> Si bien, Madero siempre se había preocupado por el orden y la legalidad de su movimiento, esa preocupación se reforzó cuando el movimiento se hizo más dependiente de la opinión y el mercado estadounidense.

En el plan inicial, Estados Unidos serviría como el espacio en que podría organizarse la insurrección, que una vez asentada en México, triunfaría en poco tiempo. Ya que esto no pasó, el apoyo de los Estados Unidos se volvió decisivo, pues se necesitaría sostener una larga lucha, que dependería casi por completo de los recursos que pudieran cruzarse por la frontera. Además, una buena parte de la dirigencia maderista se hallaba en Estados Unidos trabajando activamente a favor de la insurrección.

Antes del inicio de la revolución, Madero había comprado fuertes cantidades de armas y municiones en Estados Unidos. Éstas fueron enviadas a la frontera para de ahí introducirlas a México, gracias a la acción de alguna de las juntas revolucionarias. Los lotes más importantes se adquirieron a través de Eduardo Maurer, un agente comercial de los Madero en Nueva York. Sólo para el inicio de la insurrección se le solicitó a Maurer la compra de 2000 rifles Mauser con 500 cartuchos cada uno. En esa misma transacción, Madero estuvo a punto de comprar dos cañones, pero al final pospuso la compra para más adelante.<sup>38</sup> Ello nos da una idea de las posibilidades que ofrecía un mercado como el norteamericano a la insurrección.

El problema era que tanto el tráfico de armas, como la propagación de la revuelta a lo largo de la frontera, eran ilegales de acuerdo a las leyes de neutralidad estadounidenses. Éstas prohibían cualquier acción tendiente a organizar expediciones militares en suelo estadounidense, para atacar países amigos. Aunque las autoridades norteamericanas interpretaron las leyes de neutralidad con cierta benevolencia, los insurrectos realizaron sus actividades bajo una constante persecución.<sup>39</sup>

El libre acceso al mercado norteamericano estaba condicionado por el reconocimiento del antirreeleccionismo como fuerza beligerante por parte del gobierno estadounidense. Cuando la dirigencia maderista comprendió que la lucha armada podía extenderse más de lo planeado, el reconocimiento de la beligerancia se volvió un aspecto clave de su estrategia. Sería el

---

<sup>37</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 112.

<sup>38</sup> Francisco I. Madero a Eduardo Maurer, San Antonio, TX, noviembre 8 de 1910; Francisco I. Madero a Sr. Adolfo González (Gustavo A. Madero), San Antonio, TX, noviembre 8 de 1910, las dos cartas en Madero, *Epistolario (1910)* p. 311.

<sup>39</sup> Raat, *Los revoltosos*, p. 218; Coerver y Hall, *Texas y la Revolución Mexicana*, p. 31.

reconocimiento de Washington lo que permitiría sostener una lucha intensa durante el tiempo que se necesitase para vencer a Díaz.<sup>40</sup>

De ninguna manera sería fácil lograr que el gobierno de Estados Unidos reconociera la beligerancia de una insurrección en México, de hecho nunca lo hizo. Sin embargo la dirigencia antirreeleccionista orientó su acción en pos de ese objetivo. Lo más importante era probar que la revolución no estaba hecha por bandoleros, como afirmaba el gobierno de Díaz. Debía demostrarse que los combatientes reconocían un mando debidamente organizado y establecido en algún lugar, que respetaban las leyes de guerra, y sobretodo que protegían los intereses norteamericanos en territorio mexicano. Madero tendría muy presentes estos aspectos al iniciar sus actividades en Chihuahua.

La organización de la dirigencia a manera de un gobierno, con Madero como presidente provisional, ayudaba mucho a presentar al antirreeleccionismo como un movimiento serio y responsable. Con ese mismo objetivo se creó una Agencia Confidencial, encargada de representar diplomáticamente al Gobierno Provisional en Washington. Francisco Vázquez Gómez, Juan Sánchez Azcona y Gustavo A. Madero trabajaron en esta agencia. El último contrató a un reconocido abogado estadounidense de nombre Sherburne G. Hopkins, quien sirvió como consejero y representante legal de la insurrección. Dentro de las actividades de Hopkins estuvieron las de establecer un contacto con el Secretario de Estado norteamericano Philander Knox; defender a los revolucionarios que, como Sánchez Azcona, fueron detenidos; y así mismo buscar la forma de enviar armas a México de forma legal.<sup>41</sup>

Poco antes de que Madero entrara a Chihuahua, la Agencia Confidencial dirigió una nota diplomática a los gobiernos de Estados Unidos y de todos los países con embajada en Washington. Según Sánchez Azcona, tanto la nota diplomática, como la Agencia misma, causaron una muy buena impresión ante las distintas cancillerías, que vieron en la revolución antirreeleccionista un movimiento distinto a los frecuentes golpes militares latinoamericanos.<sup>42</sup> La nota era una solicitud para el reconocimiento de la beligerancia, en cuyo inciso “A” puede leerse:

---

<sup>40</sup> González Garza, *La Revolución Mexicana*, p. 219.

<sup>41</sup> Raat, *Los revoltosos*, p. 202. El autor nos da noticia de que Hopkins cobró 50 000 dólares por los servicios que prestó a la insurrección durante siete meses, lo cual nos da una idea de la capacidad financiera de Madero.

<sup>42</sup> Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia*, p. 187.

los jefes de las fuerzas de la insurrección nacional tienen instrucciones estrictas y precisas de prestar sostenida atención a que, durante la contienda, sean observadas las leyes de guerra, tanto en lo que a esta se refiere directamente, como en todo lo relativo a la neutralidad y garantías de [...] las personas y propiedades de extranjeros neutrales.<sup>43</sup>

Una vez en Chihuahua, Madero tendría que hacer valer su supuesta autoridad. Por otro lado, necesitaría tomar una ciudad de importancia para establecer ahí su gobierno provisional. Vázquez Gómez insistió mucho en ello al principio de su labor diplomática; el gobierno norteamericano no iba a reconocer la beligerancia del movimiento, si éste no se asentaba en un lugar fijo.<sup>44</sup> Ciudad Juárez representaba una excelente opción, pues además de servir como sede del gobierno, sería un acceso directo al basto mercado norteamericano, que como hemos visto, ofrecía inclusive cañones.<sup>45</sup>

---

<sup>43</sup> “Nota diplomática. Dirigida por el Jefe de la Insurrección Nacional el 14 de Febrero de 1911 a los Secretarios de Estado de los Gobiernos Extranjeros.” en González Garza, *La Revolución Mexicana*, pp. 227-229.

<sup>44</sup> McCarty (Federico González Garza) a F. Mercier (Francisco I. Madero), enero 25 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/7.

<sup>45</sup> Para un balance estratégico de Ciudad Juárez véase: Coerver y Hall, *Texas y la Revolución Mexicana*, p. 37; Portilla, *Una sociedad en armas*, pp. 99, 368; Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, p. 153.

## CAPÍTULO II

### EL LEVANTAMIENTO EN CHIHUAHUA

#### 1. LA CHIHUAHUA PORFIRISTA

Hay dos grandes fenómenos comúnmente identificados como causas de la Revolución Mexicana: 1) el ingreso del país al sistema capitalista mundial, lo cual implicó una transformación de su estructura socioeconómica, y 2) el fortalecimiento del gobierno central, que degeneró en un régimen opresivo. Según David LaFrance, ambos fenómenos fueron especialmente notables en las dos regiones con mayor actividad durante toda la Revolución: la región noroeste (Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Durango y Coahuila) y la región central (Morelos, Guerrero, Puebla, Tlaxcala y Veracruz).<sup>1</sup> Si bien, estamos hablando de fenómenos que pueden explicar a grandes rasgos el levantamiento maderista en Chihuahua, es necesario profundizar en la forma en que ambas dinámicas impactaron la región. De esta manera, asomarán las particularidades que hicieron de Chihuahua el principal bastión del maderismo durante su fase armada.

En primer lugar debe entenderse la situación nortea de Chihuahua. El norte de México a principios del siglo XX era una región con características históricas propias. Lejano y hasta cierto punto aislado de la influencia del centro, el norte se había desarrollado sin el mismo grado de presión que la iglesia, la hacienda y el gobierno habían ejercido en otras regiones del país. Una de sus principales diferencias con respecto al centro y el sur, era la falta de sociedades nativas sedentarias. La mayoría de los pobladores del norte eran colonos, que desde su llegada, en los siglos XVII y XVIII, habían tenido que pelear con tribus nómadas muy hostiles. La constante situación de lucha prevaleció en las comunidades nortea durante casi todo el siglo XIX. Fue hasta fines de siglo cuando la frontera comenzó a transformarse, dejando de ser frontera con tribus nómadas para convertirse en frontera con Estados Unidos. Según Katz, ése fue el fenómeno que marcó el desarrollo histórico del norte durante el porfiriato.<sup>2</sup>

Las colonias militares fundadas en Chihuahua y otros estados fronterizos, para repeler las incursiones de las tribus nómadas, habían dado lugar a un campesinado relativamente

---

<sup>1</sup> David LaFrance, "Many causes, movements, failures, 1910-1913. The regional nature of maderismo" en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (ed.), *Provinces of the revolution. Essays on regional mexican history 1910-1929*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1990, p. 18.

<sup>2</sup> Friedrich Katz, *De Díaz a Madero*, México: Era, 2004, p. 15.

privilegiado. Además de ser propietarios y gozar de una gran autonomía, estos campesinos poseían más tierras y ganado que los campesinos libres de otras regiones. Sin embargo, su situación empezó a deteriorarse a medida en que la zona fronteriza se hizo más tranquila. En 1885 los apaches fueron finalmente derrotados, y el gobierno dejó de necesitar el apoyo armado de los colonos, que fueron relegados de su antigua posición. En cambio surgió una nueva clase privilegiada, que era la compuesta por hacendados, mineros y en general inversionistas extranjeros. En colaboración con el gobierno, estos grupos se encargaron de generar toda una nueva dinámica dentro de la región.

Las comunidades campesinas, que hasta entonces habían vivido prácticamente aisladas, de repente se encontraron en medio de una dinámica que desconocían, y tenía sus orígenes en ambos lados de la frontera. En Estados Unidos, el sur había estado creciendo a un impresionante ritmo tras la guerra de secesión, y para la década de 1880 empezó a dirigir un gran flujo de capital al norte de México, especialmente a Chihuahua. Por el lado mexicano, el gobierno federal dejaba ver cada vez con mayor fuerza una presencia, cuyos efectos no eran precisamente benévolos. Un buen ejemplo de ello fue la introducción del ferrocarril, que además de permitir un mayor control sobre zonas apartadas, dio inicio a una ola de expropiaciones.<sup>3</sup>

Lo primero que resintieron las comunidades campesinas de Chihuahua fue la pérdida de tierras. Después siguió un ataque a valiosos derechos tradicionales, como era el de elegir sus propias autoridades municipales. Las expropiaciones, pero sobre todo los ataques a la autonomía, provocaron una serie de levantamientos aislados a lo largo de la década de 1890; de los cuales el ocurrido en Tomóchic en 1892 fue el más famoso. Para entonces, las relaciones que se habían forjado en el campo chihuahuense durante la época de las guerras apaches se hallaban en decadencia. Puesto que la cooperación entre terratenientes y campesinos ya no tenía sentido, estos últimos fueron abandonados a su propia suerte. La cercanía de la frontera, provocó que muchos de ellos cruzaran a Estados Unidos, trabajaran por un mejor sueldo y luego regresaran; todo lo cual fue configurando un campesinado sumamente móvil.

Caso aparte fue el de las clases medias y altas, que en un principio fueron beneficiadas por la nueva dinámica de la región. El constante flujo de inversión había generado distintos proyectos de los que podían sacar provecho las clases letradas. Sin embargo esto fue sólo en un principio; a medida que las nuevas estructuras se fueron consolidando también se fueron cerrando. Pronto

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 16.

surgió una poderosa oligarquía que acaparó la actividad productiva, y marginó a importantes sectores de la sociedad chihuahuense. Por otro lado, la creciente dependencia de la economía norteamericana no tardó en causar sus estragos. Tuvo un impactó en la tasa de inflación y provocó un aumento de precios, lo cual deterioró la difícil situación de las clases medias.<sup>4</sup>

Hacia la primera década del siglo XX, la nueva dinámica de desarrollo se hallaba en pleno auge, la paz parecía asegurada, y Porfirio Díaz decidió devolver el poder político a la familia Terrazas. Los Terrazas habían impuesto su cacicazgo en Chihuahua durante el siglo XIX, pero con la llegada de Díaz a la presidencia, su poder en la región había sido seriamente limitado. Cuando Díaz se sintió completamente a salvo de los antiguos cacicazgos, se reconcilió con el clan Terrazas. La suma de poder económico, que nunca habían perdido, y poder político, ahora recuperado, le otorgó a los Terrazas el control casi ilimitado de Chihuahua. Puestos públicos, autoridades, concesiones, negocios, todo pasaba por la avenencia de los Terrazas. Esta nueva versión de oligarquía regional sobrepasaba ampliamente a la oligarquía tradicional del siglo XIX, pues ya no tenía las restricciones impuestas por la autonomía de los colonos. En poco tiempo, la nueva oligarquía se hizo blanco de una férrea oposición que unificó a sectores del campo y la ciudad chihuahuenses.<sup>5</sup> Esto propició un terreno ideal para la propagación del antireeleccionismo.

Según Katz, no es fácil explicar el papel excepcional que desempeñó Chihuahua en 1910 y de nuevo en 1913 como catalizador de la Revolución Mexicana, pero sí señala algunas causas. En primer lugar se encuentra la tradición guerrera y la familiaridad con las armas que tenían los chihuahuenses debido a sus guerras contra las tribus indias. Otro factor a considerar es la unidad entre los sectores más heterogéneos de la sociedad chihuahuense en su lucha contra el clan Terrazas. Dentro del aspecto económico tiene que mencionarse el hecho de que Chihuahua fuera el estado más afectado por la crisis económica de 1907-1910, que tuvo su origen en los Estados Unidos. La cercanía con este país fue otro de los factores que hicieron de Chihuahua un estado propicio para las rebeliones. Ello en gran parte por la posibilidad de pasar armas a través de la frontera, pero también por la influencia directa que pudo tener la cultura norteamericana sobre la población chihuahuense.

Esto último nos conduce a un aspecto sobre el que no nos extenderemos en el presente trabajo, pero de cuya importancia no puede dudarse. Es de llamar la atención que un buen

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 20.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 34.

número de los antirreeleccionistas en Chihuahua pertenecieran a iglesias protestantes. Esta relación, aparentemente fortuita, es objeto de un amplio estudio por parte de Jean-Pierre Bastian, quien trata la llegada de las redes protestantes norteamericanas y su expansión a partir de 1885. Una de las principales tesis de Bastian es que el protestantismo en Chihuahua echó raíces mediante una continua oposición a la oligarquía regional. Las reivindicaciones cívicas y políticas de los protestantes fueron muy comunes durante el porfiriato, y se expresaron por diversas vías, al grado de constituir una verdadera disidencia. Bastian define como un liberalismo radical la ideología compartida por estos disidentes; por eso no sorprende que el Partido Liberal Mexicano (magonismo) haya gozado de simpatía dentro de esas mismas comunidades.

El último es otro aspecto que debe apuntarse. Las zonas que se levantaron entre 1910 y 1911 habían respondido pocos años antes al llamado insurgente que hiciera el magonismo. En el levantamiento maderista veremos figurar a varios líderes y grupos de filiación magonista, quienes en su momento representarían un serio problema para Madero. Todo ello nos habla de un importante nivel de politización, así como de una tradición rebelde que antecedió al antirreeleccionismo. Siguiendo a Katz puede decirse que el elemento más importante para explicar el estallido de la revolución en Chihuahua se encuentra en la capacidad de lucha y la confianza en sí mismos que tenían sus habitantes.<sup>6</sup>

## 2. EL LEVANTAMIENTO

El antirreeleccionismo llegó a Chihuahua a comienzos de 1910. En enero, Madero visitó Ciudad Juárez, Chihuahua y Parral, como parte de su gira por el norte del país. La campaña no tuvo eco entre los sectores privilegiados, pero en cambio fue muy bien recibida por las clases marginadas. En la capital del estado, Madero juntó los suficientes partidarios como para dejar instalado el Club Central Antirreeleccionista “Benito Juárez”.<sup>7</sup> Abraham González, quien era un rancharo educado en Estados Unidos, quedó al frente del Club Central, y desde ahí se encargó de darle presencia al antirreeleccionismo en el resto del estado. Además del Club Central, se fundaron

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 75.

<sup>7</sup> Recordemos que la campaña de Madero tenía como intención extender la estructura partidista por toda la república. La dirigencia nacional del partido estaba en contacto con juntas estatales, que a la vez promovían el antirreeleccionismo en el interior de los estados. De esta manera, la prensa antigubernista editada en la Ciudad de México podía leerse hasta Ciudad Juárez.

clubes en Ciudad Juárez, Ciudad Guerrero, Parral, y otras ciudades de importancia, llegando a sumar un ocho en total.<sup>8</sup>

Desde la fase electoral, los chihuahuenses participaron con un entusiasmo notable. Su delegación se contaba entre las asistentes a la convención nacional de la que Madero salió como candidato presidencial. Una vez que se dio a conocer el arresto de Madero, y el adverso resultado en las elecciones, los chihuahuenses no tardaron en manifestar su descontento. Ello provocó la persecución del gobierno, que encarceló a varios antirreeleccionistas, y clausuró las oficinas del órgano informativo del club: *El Grito del Pueblo*.<sup>9</sup> En vez de desanimarse, los maderistas en Chihuahua empezaron a buscar la forma de continuar la lucha por otros medios.

A partir de agosto, la figura de Abraham González cobró una nueva importancia al comenzar a alentar los preparativos con miras a un levantamiento. La dirigencia nacional aún no había dado señales claras en ese sentido, cuando González tomó la iniciativa y convocó a varias reuniones en la capital del estado. Secretamente, en casa del mismo González o en las oficinas del club, los principales antirreeleccionistas estuvieron discutiendo la posibilidad de levantarse en armas. González pretendía que el levantamiento cubriera la mayor parte del estado, por lo cual se entrevistó con hombres de distintas regiones. Estas juntas y entrevistas tuvieron un carácter preliminar, pues hasta entonces no se había decidido nada en concreto. De cualquier manera, la movilización siguió a lo largo de todo septiembre. Durante este periodo se comprometieron algunos de los personajes que luego cobrarían una especial importancia en la insurrección, tal fue el caso de Pancho Villa.<sup>10</sup>

A finales de septiembre, la organización del levantamiento en Chihuahua ya presentaba avances; González demostró ser un buen coordinador, y pudo atraer a varios hombres dispuestos a luchar. Faltaba saber la decisión de Madero, quien poco antes de escapar de San Luis Potosí recibió una carta con el voto de adhesión de sus partidarios chihuahuenses.<sup>11</sup> Es probable que poco después, Madero haya informado sobre su voluntad de tomar las armas; provocando así la intensificación de los preparativos rebeldes en el mes octubre. Durante este mes se realizaron envíos de armas y dinero al interior del estado. En varios de ellos participó Pascual Orozco, quien

---

<sup>8</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 315.

<sup>9</sup> Almada, *La Revolución*, p. 169.

<sup>10</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 95.

<sup>11</sup> Francisco I. Madero a Club antirreeleccionista "Benito Juárez", San Luis Potosí, octubre 1º de 1910, en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 294.

estaba ayudando a su suegro Albino Frías en la preparación del levantamiento a lo largo de la región serrana.<sup>12</sup>

El Plan de San Luis no circuló entre los chihuahuenses sino hasta pocos días antes del levantamiento. El 17 de noviembre se realizó una junta en la que Abraham González dio a conocer el Plan de San Luis, y repartió varios ejemplares. En la misma junta, los jefes de armas recibieron de viva voz las últimas instrucciones de González. Éste se marcharía a la frontera en busca de comunicación con la dirigencia nacional. Según los números que aportó cada jefe, el 20 de noviembre el levantamiento sería iniciado por poco más de 100 hombres.<sup>13</sup>

Tal como lo preveía el Plan de San Luis, en la víspera del día 20 de noviembre, distintos grupos armados se levantaron en Chihuahua al grito de *Viva Madero*. La mayoría de los brotes se presentaron en la región serrana del estado, específicamente en los distritos occidentales de Guerrero, Benito Juárez y Arteaga. Esta sería la zona con mayor actividad rebelde entre 1910 y 1911, sin embargo el levantamiento también se presentó en otros puntos del estado. Si nos detenemos muy brevemente en ellos es porque al final su importancia fue muy limitada. Casi toda la fuerza de la insurrección provino de los grupos serranos en la región occidental.

En un inicio, Parral fue de los puntos que más alarmó al gobierno. Aquí se reunió una numerosa fuerza que por varios días amenazó con tomar la ciudad. Es probable que este grupo, encabezado por Guillermo Baca, haya llegado a ser de los más grandes al inicio de la insurrección, pero no tardó mucho en ser dispersado. Corrió la misma suerte que otros grupos al sur del estado, que no aprovecharon la sorpresa para dar golpes de importancia, y al final terminaron aislados, sin representar un grave problema para el gobierno.

También hubo actividad al norte, en la frontera con Estados Unidos. En Cuchillo Parado, comunidad cercana a Ojinaga, Toribio Ortega se levantó al mando de una media centena de hombres.<sup>14</sup> Tras el levantamiento, el grupo de Ortega se puso en contacto con Abraham González, quien ya se hallaba en esta zona, e iba acompañado por José Perfecto Lomelí y José de la Luz Soto, que eran gente de Madero. Este grupo mantuvo sus actividades en la distante región de Ojinaga, nunca fue sofocado, pero tampoco llegó a significar un especial peligro.

La situación fue distinta en la región occidental del estado, donde Ciudad Guerrero se convirtió en el principal foco de actividad rebelde. Además de ser capital de distrito, esta ciudad

---

<sup>12</sup> Calzadías, *Hechos reales*, p. 35.

<sup>13</sup> “Memorias de José de la Luz Blanco” en Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, pp. 231-232.

<sup>14</sup> Sánchez Lamego, *Historia Militar*, p. 45.

era el punto de acceso a la sierra que se extiende por el oeste de Chihuahua, y abarca poblados como Bachíniva, Namiquipa, Témoris, Batopilas, y Cárichi. De estos lugares salieron los grupos que mayor impulso darían al levantamiento. Sus líderes eran hombres que se dedicaban a transportar minerales y provisiones a través de la sierra. Tal era el caso de Pascual Orozco y muchos otros, que conocían a la perfección aquél difícil terreno.

Uno de los primeros pronunciamientos en la sierra fue precisamente aquel en que participaba Orozco. Se dio en el pueblo de San Isidro y se conformó por una veintena de hombres, todos parientes o amigos. Casi todos pertenecían a las familias Orozco, Frías y Caraveo.<sup>15</sup> El jefe de armas era Albino Frías, quien desde la fase electoral se había destacado como uno de los colaboradores cercanos de Abraham González. Lo primero que los rebeldes hicieron fue atacar la pequeña guarnición al mando del teniente Joaquín Chávez, el cacique local; luego ocuparon San Isidro y más tarde Miñaca. El día 21, ya con más hombres y armas, la gente de Frías se presentó a las afueras de Ciudad Guerrero, que era protegida por una guarnición de 150 hombres al mando del capitán Salvador Ormachea. Los rebeldes, que probablemente sumarían una centena, establecieron un cerco a la población e intimaron al jefe de la plaza para que se rindiera. La ciudad duró sitiada más de una semana, durante la cual el contingente rebelde siguió creciendo.

El sitio y posterior toma de Ciudad Guerrero representa la acción más importante en el inicio del levantamiento en Chihuahua. No tanto por la importancia de la ciudad misma, que como hemos mencionado no era poca, sino más bien por servir como catalizador en la integración de distintas partidas revolucionarias. En cuanto se enteraron de que Albino Frías y su gente estaban a las afueras de Ciudad Guerrero, la mayor parte de los jefes rebeldes de la serranía fueron en su apoyo. El cerco se fue incrementando con grupos, cuyo camino inició con la toma de sus comunidades respectivas, y había seguido tras vencer una leve resistencia, que en la mayoría de los casos sólo servía para hacerse de más armas y pertrechos.<sup>16</sup> Un camino así fue el que transitaron los grupos de José de la Luz Blanco, que venía de Santo Tomás; el liderado por Luis A. García y Heliodoro Olea, ambos magonistas de Bachíniva; y así sucesivamente los de Ignacio Valenzuela (Témoris), José María Rascón (Namiquipa), Apolonio Rodríguez (Batopilas), Daniel

---

<sup>15</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, pp. 39-40.

<sup>16</sup> El caso de José de la Luz Blanco es un buen ejemplo, véase Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, pp. 642-643.

Rodríguez (Cárichi), por citar algunos de los que se tiene noticia.<sup>17</sup> No sabemos si estos jefes habían planeado la reunión como parte de su estrategia, nada apunta a ello. Lo cierto es que para cuando el gobierno trató de reaccionar, el contingente revolucionario ya doblaba en número a la guarnición federal.

Ciudad Guerrero cayó por no haber sido reforzada a tiempo; lo notable es que hayan sido los mismos maderistas quienes lo impidieron. El día que empezó el sitio, el capitán Ormachea logró informar sobre su situación al cuartel federal en Chihuahua, antes de que los rebeldes cortaran las líneas telegráficas. Casi inmediatamente salieron de Chihuahua dos compañías de federales con la misión de reforzar Ciudad Guerrero. Al enterarse de que una columna enemiga se dirigía contra ellos, un grupo de rebeldes se desprendió para cortar su avance. El encuentro tuvo lugar en Pedernales, un punto intermedio en el camino de Chihuahua a Ciudad Guerrero. Fue aquí donde Pascual Orozco empezó a sobresalir como líder guerrillero, pues emboscó y venció a los federales en lo que fue la acción más cruenta de los primeros días de la insurrección.

Para los federales que cayeron en Pedernales se trató de una segunda sorpresa, pues al inicio de su recorrido habían sido atacados por la gente de Cástulo Herrera en San Andrés. Este poblado se hallaba a unos cuantos kilómetros al oeste de Chihuahua, y en sus cercanías se había levantado un grupo de maderistas encabezados por Herrera, a cuyo mando se hallaba Pancho Villa. Al tomar San Andrés, los hombres de Herrera se enteraron de que no tardaba en llegar un tren con soldados; se trataba de la columna que iba al refuerzo de Ciudad Guerrero. Los rebeldes se apostaron en la estación, y al llegar el tren abrieron fuego contra los vagones. Esto provocó varias bajas entre los federales, entre ellas la del teniente coronel Yépez, comandante del cuerpo. Los federales, tomados por sorpresa, echaron a andar la máquina y salieron apresuradamente. Al no haber podido cargar combustible en San Andrés, los federales tuvieron que seguir a pie una parte de su trayecto. El 27 de noviembre, cansados, mermados y con un retraso de varios días, cayeron en la emboscada que Orozco había preparado. Tras los primeros minutos de combate murió el capitán Sánchez Pasos, quien había quedado al mando tras la muerte de Yépez. Después de unas horas de combate los pocos sobrevivientes se rindieron, algunos se unieron a los revolucionarios, y el resto regresó a Chihuahua.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Almada, *La Revolución*, pp. 176-177.

<sup>18</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 40.

La victoria de los rebeldes en Pedernales significó el aislamiento de la guarnición federal que defendía Ciudad Guerrero. El contingente revolucionario había estado creciendo, y al regreso de Orozco, se intensificó el asedio que los rebeldes habían impuesto desde el 21 de noviembre. No hubo un ataque frontal, o una batalla decisiva; por medio de frecuentes escaramuzas los rebeldes fueron desgastando a los federales, hasta que éstos se rindieron ante la imposibilidad de huir o ser rescatados. El 4 de diciembre, el capitán Ormachea finalmente decidió entregar la plaza a cambio de que se le permitiera a él y sus hombres retirarse con vida. Los soldados fueron puestos en libertad tras la entrega de su armamento; pero no sucedió lo mismo con el jefe político del distrito: Urbano Zea, quien fue hecho prisionero y luego fusilado junto con otros gobiernistas.<sup>19</sup>

Una vez tomada Ciudad Guerrero, ésta se convirtió en el principal centro de confluencia maderista. Hasta aquí llegaron los hombres de Herrera y Villa, así como otras partidas que día a día se sumaban al movimiento. Fue entonces cuando se afianzó el creciente liderazgo de Pascual Orozco, que además de haber recibido el mando de parte Albino Frías, empezó a ganarse el reconocimiento de otros jefes por su acción en Pedernales. Esta situación se hizo “oficial” a partir del 5 de diciembre, fecha en que empezó a circular un manifiesto firmado por Orozco, en el que se autodesignaba como el principal jefe de armas del estado.<sup>20</sup>

Además de representar la primera victoria de importancia para la causa maderista, la caída de Ciudad Guerrero proporcionó un sitio estratégico desde el cual se podía difundir la insurrección. Así los rebeldes estaban en libertad de incursionar por la sierra y engrosar sus filas con los voluntarios, armas, y pertrechos que conseguían en pequeños poblados y rancherías.<sup>21</sup> La revuelta maderista se extendió por el occidente del estado y llegó a representar una seria amenaza para las autoridades. Éstas escarmentaron tras su primer intento de contención, y armaron una columna de 1000 hombres, al mando del general Navarro, con la misión de recuperar Ciudad Guerrero. Al enterarse del nuevo embate federal, los rebeldes decidieron salir al encuentro en vez de fortificarse y esperar. Al parecer, todos los jefes estaban ansiosos por repetir la hazaña de Orozco.<sup>22</sup>

El primer choque entre los maderistas y Navarro se dio el 12 de diciembre en Cerro Prieto, no muy lejos de Pedernales. Fue aquí donde los revolucionarios sufrieron por primera vez

---

<sup>19</sup> Sánchez Lamago, *Historia Militar*, pp. 41,46.

<sup>20</sup> Almada, *La Revolución*, p. 173.

<sup>21</sup> Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, pp. 645-647.

<sup>22</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 42.

el rigor de enfrentar un ejército profesional, mejor armado y mejor adiestrado. Aunque el contingente rebelde seguía creciendo y se acercaba a los 800 hombres, poco pudo hacerse ante los federales en campo abierto. Aparentemente hubo confusiones en cuanto al plan de combate, unos jefes se adelantaron, otros llegaron muy tarde, y algunos simplemente no aparecieron. Lo cierto es que los rebeldes no sabían mucho de táctica militar, y tuvieron serios problemas para articular una operación de mediana envergadura. Esto sumado a su exceso de confianza les costó su primera derrota. Muchos hombres murieron en la refriega, y varios fueron atrapados y luego fusilados por los federales.<sup>23</sup>

Es probable que las autoridades hayan calculado que los rebeldes se dispersarían tras la derrota en Cerro Prieto. Después de la batalla, funcionarios locales y hacendados fueron advertidos sobre la posible incursión de gavillas rebeldes, que habían sido derrotadas y estaban merodeando.<sup>24</sup> En realidad los rebeldes no se dispersaron, sino que permanecieron en la zona y hostilizaron a las tropas federales por varios días más. Aprendieron de su desafortunado encuentro, y en adelante evitaron el combate frontal, en cambio volvieron a las tácticas guerrilleras que tan buenos resultados les habían dado.

La columna del general Navarro era constantemente reforzada por pequeñas columnas procedentes de varias direcciones. Estas columnas eran excelentes blancos para las partidas revolucionarias que iban y venían por toda la zona. El 28 de diciembre se registró un combate en el Cañón de Malpaso; fue algo muy similar a lo que había ocurrido en Pedernales un mes atrás. Los grupos de Orozco y Blanco se escondieron en el cañón y dejaron entrar a las fuerzas del coronel Martín Luis Guzmán, que pronto fueron sorprendidas por una nutrida balacera desde las alturas, a la que muy apenas lograron escapar.<sup>25</sup> Gracias a acciones como ésta, el avance de Navarro contra Ciudad Guerrero fue obstaculizado, y para finales de 1910 los federales no habían podido limpiar la zona de rebeldes.

De cualquier manera, la fuerza del general Navarro siguió incrementándose, y la de los revolucionarios fue disminuyendo. Mientras que Navarro contaba con todo el apoyo del aparato federal, los rebeldes no pudieron formar una cadena de suministros que sostuviera su esfuerzo por mucho tiempo. Al verse notoriamente superados, los distintos jefes revolucionarios decidieron

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>24</sup> Jefe Municipal de Buenaventura al Administrador de la Hacienda del Carmen, San Buenaventura, Chihuahua, diciembre 17 de 1910, (AM-BN), caja 1, Ms. M/4.

<sup>25</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 44.

retirarse a sus zonas de influencia y ahí buscar nuevas posibilidades. Fue así como los federales tuvieron el paso libre a Ciudad Guerrero, la cual ocuparon en los primeros días de 1911. De esta manera terminó el proceso de integración que había surgido con los primeros días del levantamiento. Entonces quedó claro que los rebeldes no estaban listos para infligir un daño serio al gobierno debido a su incapacidad para operar conjuntamente.

Durante los meses de enero y febrero de 1911, las distintas bandas revolucionarias estuvieron buscando la forma de mantenerse en pie de lucha, al tiempo que escapaban del alcance federal. Orozco se internó en la sierra con la intención de dirigirse al norte y llegar a la frontera, lo siguieron varios cabecillas, pero otros decidieron tomar su propio rumbo. José de la Luz Blanco se dirigió a Sonora con la idea de activar la insurrección en ese estado. Villa, por su parte, había vuelto al sur de Chihuahua que era la región que mejor conocía. Todo ello nos demuestra la falta de un plan coordinado entre los distintos cabecillas. Si bien, estaban comunicados, su colaboración no tenía sentido, pues no había objetivos concretos hacia los cuales encaminar la insurrección. El único objetivo era causar tantos problemas como se pudiera, y para ello era mejor que cada quién actuara por su lado.

En este punto, podría pensarse que el ejército federal mostró ineptitud al no poder aplastar una revuelta tan improvisada. Sin embargo habría que considerar las características, así como las ventajas, que hicieron de los rebeldes chihuahuenses una fuerza especialmente combativa.

### 3. LA FUERZA Y SUS JEFES

Si bien es cierto que los chihuahuenses mostraron carencias de organización y equipo, que les impidieron formar un verdadero ejército, no por ello dejaron de representar un serio problema para el gobierno. Aunque pudiera insistirse sobre las fallas del ejército federal, lo cierto es que los rebeldes supieron sacar ventaja de una situación que parecía desfavorable. La capacidad de lucha a la que se refiere Katz, no se reduce al valor necesario para luchar o a la familiaridad con las armas, también incluye aspectos que deben hallarse en la organización propia de los rebeldes.

El primer aspecto a tomar en cuenta es el modo de agrupación. Al principio se trató de grupos muy reducidos, formados a partir de un pequeño núcleo de familiares y amigos. El pronunciamiento tenía lugar en su poblado de origen, y lo primero que hacían era poner fuera de combate a las autoridades locales. Ya tomado el pueblo, otros hombres se animaban y se unían al

grupo inicial; luego podía irse a pueblos vecinos, repetir el proceso y hacerse de más hombres. No todos los poblados estaban resguardados, por lo que a veces basta con entrar y tomar el control. En los casos en que había resistencia por parte de las autoridades, ésta no era muy grande, se le podía vencer con algo de astucia, y al final redituaba en armas capturadas.

El armamento resultaba crucial, no todo el que lo deseara podía sumarse a una partida rebelde, para ello se necesitaba por lo menos un caballo y un arma. Así se fueron configurando grupos compactos de jinetes, que suplían con movilidad lo que les faltaba en cantidad y fuerza. Los chihuahuenses pudieron sacar mayor ventaja de esa movilidad debido al conocimiento que tenían de su propio medio. Ello valió especialmente para la región serrana, que como hemos visto fue la de mayor actividad. Un terreno tan accidentado permitió que los rebeldes se pusieran a salvo después de atacar, lo cual favorecía la táctica guerrillera de “golpear y correr”. Grupos como el de Orozco subían y bajaban de la sierra por distintos puntos, convirtiéndose en blancos muy esquivos para el ejército federal.

Otro aspecto favorable a los chihuahuenses fue su elevada moral de combate. A diferencia de la tropa federal proveniente de la leva, los rebeldes eran voluntarios, y tenían una verdadera identidad que defender. En el caso de Orozco, García, Blanco y otros rebeldes serranos, ha sido demostrada su pertenencia a una comunidad de creencias como lo era el protestantismo en Chihuahua.<sup>26</sup> Por otro lado, ya detectábamos un grado de politización que el antireeleccionismo sólo acrecentó. Esto es importante pues nos habla de una identidad compartida en el campo de las ideas, de la que sin duda procedía parte del ímpetu rebelde. Sin embargo, la identidad más predominante, la que otorgó mayor cohesión al interior de las distintas partidas, y por lo tanto las dotó de mayor fuerza, fue la de tipo regional.<sup>27</sup> Las partidas eran conformadas por hombres que por sobre todas las cosas compartían un origen común; pertenecían al mismo pueblo o a sus alrededores, y estaban ligados por parentesco o amistad. Esto generó un sentimiento de compañerismo, que se vio fortalecido por el surgimiento de importantes liderazgos.<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> No deben olvidarse las implicaciones políticas de esta pertenencia, Bastian, *Los disidentes*.

<sup>27</sup> En su estudio sobre la División del Norte, Pedro Salmerón habla sobre una *identidad corporativa*. Los rebeldes chihuahuenses se levantaron de forma colectiva y no individual. Cada partida rebelde venía de un pueblo y se podía asociar con otras partidas de pueblos vecinos con los que compartían vínculos de sangre, y una misma tradición guerrera y autonomista. Salmerón. *La División del Norte*, p. 15.

<sup>28</sup> Salmerón hace una observación sobre la División del Norte que también se aplica a las guerrillas chihuahuenses de este periodo, y es que la vinculación de los distintos grupos armados a determinadas regiones y a caudillos particulares los dotó de su estructura interna. *Ibíd.*, p. 14.

Si se compara el levantamiento de 1910 con la serie de revueltas campesinas que estallaron en Chihuahua durante la década de 1890, encontramos una gran diferencia en lo que se refiere a la cuestión del liderazgo. Los levantamientos de 1890 no trascendieron debido a su carácter espontáneo, y a la falta de líderes que coordinaran los focos de descontento dentro de una misma región. Según Katz, el éxito de los maderistas en 1910 estuvo en que pudieron agruparse a nivel regional en torno a distintos cabecillas.<sup>29</sup> El proceso por el que surgieron y se consolidaron estos liderazgos revela el carácter regional que definió a la insurrección en Chihuahua, por lo menos en esta primera fase. Además nos ayuda a entender la difícil situación que enfrentaría Madero al llegar a Chihuahua; por lo que conviene revisarlo detenidamente.

Katz señala como una de las características más relevantes del antirreeleccionismo en Chihuahua, el hecho de que sus dirigentes no pertenecieran a las clases altas.<sup>30</sup> En los otros estados norteños encontramos a terratenientes como Carranza (Coahuila) y Maytorena (Sonora). En un principio, ninguno de estos dos se mostró totalmente decidido a tomar las armas contra Porfirio Díaz. Fue al final, cuando el triunfo parecía probable, que empezaron a figurar entre los más cercanos a Madero. En cambio, la mayor parte de los dirigentes chihuahuenses provenían de la clase media rural: rancheros o pequeños negociantes,<sup>31</sup> y no mostraron ningún escrúpulo a la hora de lanzarse a la lucha. Quizá el más acomodado era Abraham González, y como hemos visto, no dudó a la hora de preparar el levantamiento.

Para hacer más preciso el señalamiento de Katz, podríamos agregar que los cuadros dirigentes del antirreeleccionismo en Chihuahua, sufrieron un reacomodo a partir del inicio de la lucha. Los hombres de clase media que habían participado en la campaña política, y prepararon el levantamiento, fueron relevados por otros con menor preparación política, pero mayor carisma. Un ejemplo claro de ello lo constituye el mismo Abraham González, quien fue el orquestador del levantamiento, pero llegado el momento se marchó a la frontera. Ahí su labor resultó muy importante, y muestra el tipo de actividades que los dirigentes netamente antirreeleccionistas pasaron a desempeñar fuera del campo de combate. Desde El Paso, Abraham González puso a funcionar una red de contactos para apoyar la causa maderista, facilitando el movimiento de

---

<sup>29</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 81

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 73.

<sup>31</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 385.

hombres, equipo, e información a través de la frontera.<sup>32</sup> Muy similares fueron las tareas que terminaron desempeñando los hombres llamados inicialmente a encabezar la insurrección.

Antes del levantamiento estaba claro quiénes serían los líderes rebeldes en cada región; esos líderes habían sido nombrados por González en su calidad de Jefe de la insurrección en Chihuahua. Sin embargo los nombramientos oficiales pasaron a ser inoperantes en el terreno de los hechos, como lo demuestran los casos de Albino Frías y Cástulo Herrera. Los dos fueron designados jefes de armas, bajo la lógica de que su influencia política debía reflejarse en la jerarquía militar de la insurrección. Sin embargo, la ineficiencia de ambos en el campo de las armas quedó manifiesta apenas en los primeros días de combate. Ellos mismos reconocieron esta situación, cuando declinaron su mando en subordinados más jóvenes como lo eran Orozco y Villa. Estos últimos no habían sido considerados para ocupar un puesto de importancia en la planeación inicial, pero pronto se revelaron como verdaderos jefes de armas.

Al pasar del terreno del civismo al de la fuerza, el antirreeleccionismo requirió hombres con una habilidad particular, más relacionada con las armas que con la política. En el caso de Chihuahua ese tipo de hombres surgió de forma casi espontánea, natural, por así decirlo. Líderes que desde el principio mostraron una comprensión especial del combate, y supieron cómo ejercer el mando. Su autoridad no se basó en un nombramiento oficial, sino en el prestigio que llegaron a gozar entre sus compañeros. Puede hablarse de una mezcla de admiración, respeto y temor, que forjada al calor del combate, tenía más efecto que cualquier supuesta jerarquía. Uno de los aspectos que más asombró a Rafael Aguilar al estudiar la organización de los rebeldes, fue la gran simpatía que los hombres sentían por sus jefes natos, la cual era mucho mayor que la que pudieran sentir por el mismo Madero.<sup>33</sup>

El caso de Pascual Orozco es especialmente significativo por haberse convertido en el principal jefe militar de la insurrección. En teoría, Orozco empezó el levantamiento bajo las órdenes de Albino Frías, quien además era su suegro. A los pocos días de haberse levantado, Albino Frías tuvo que declinar el mando en Pascual Orozco, al reconocerle su capacidad como organizador y jefe militar. Ello sucedió después de que Orozco tomara Ciudad Guerrero tras un sitio de dos semanas, y habiendo conseguido la victoria en Pedernales. Hacia febrero de 1911, Orozco era el dirigente revolucionario más conocido de Chihuahua, era él quien comandaba la

---

<sup>32</sup> Raat, *Los revoltosos*, p. 204.

<sup>33</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, pp. 92-97.

fuerza más numerosa. A pesar de ello, Orozco no controlaba a todos los rebeldes en Chihuahua; existían otros jefes, que habían forjado sus propios liderazgos y permanecían autónomos, operando en distintas regiones.

Uno de esos jefes era Pancho Villa, quien había recibido indicaciones del mismo Abraham González en el sentido de acatar el mando de Cástulo Herrera. Éste era uno de los miembros más reconocidos del partido antirreeleccionista, pero al inicio del levantamiento fue incapaz de controlar a sus hombres.<sup>34</sup> Entonces surgió Villa, un hombre de armas y con dote de mando, que rápidamente puso orden entre sus compañeros. Después de la concentración de los rebeldes en Ciudad Guerrero y su derrota en Cerro Prieto, Villa regresó con su partida a la zona que mejor conocía. A lo largo de enero y febrero se encuentra a Villa luchando en la región de Parral, Camargo y Delicias.

El éxito que alcanzó el levantamiento tuvo mucho que ver con la aceptación de estos hombres por parte de los demás rebeldes. Tanto Villa como Orozco destacaron rápidamente entre sus compañeros, se convirtieron en autoridades indiscutidas, y además generaron lealtad entre sus subordinados, a quienes no parecía molestarles que se estableciera una jerarquía. Estamos ante líderes completos, que no sólo sabían dirigir el combate, sino que además eran fielmente obedecidos. Tal fue el caso de José de la Luz Blanco, ranchero de un pequeño pueblo en la sierra que se había comprometido con Abraham González. Llegado el momento, Blanco convenció a una docena de amigos para que se levantaran en armas. Aunque Blanco era el único que había tenido contacto con la dirigencia estatal, su autoridad no se fundaba en este hecho, sino en el lazo que existía con sus amigos, que lo conocían bien, y estaban dispuestos a seguirle. El grupo de Blanco fue creciendo y él mantuvo su autoridad; tras la disgregación de las fuerzas maderistas se dirigió a Sonora, para luego regresar a la llegada de Madero.

Si bien es cierto que estos líderes basaron su control en un elemento carismático, ello no impidió que establecieran un orden riguroso. El caso más significativo fue el de Luis A. García, jefe revolucionario en Bachíniva, que resultó ser muy cuidadoso de las formas y no permitió la mínima indisciplina entre sus hombres. Además de asumir funciones como “comandante en jefe de la fuerza del partido liberal antirreeleccionista en el distrito de Guerrero”, expidió nombramientos a sus subalternos, dando así lugar a una jerarquía bien definida. En uno de sus oficios, García le recomendaba al nuevo comandante guardar “el mejor orden, respeto y manejo

---

<sup>34</sup> Salmerón, *La División del Norte*, p. 219

en el cargo que se le ha confiado...”.<sup>35</sup> Y la prueba de que no era sólo formalidad está en el juicio sumario a que fue sometido un hombre al que García acusó por insubordinación.<sup>36</sup> García no sólo impuso orden entre sus hombres, sino que también se convirtió en la autoridad de su poblado en la sierra; esto una vez que los rebeldes abandonaran Ciudad Guerrero.

La disciplina que los jefes revolucionarios imprimieron entre sus hombres es otro de los rasgos notables del levantamiento en Chihuahua. Aunque García fue especialmente estricto, no fue el único que se preocupó por este aspecto. De acuerdo con el relato de Blanco, lo primero que les recomendó a sus compañeros fue mostrar disciplina, para así poder enfrentar al ejército federal.<sup>37</sup> Pancho Villa, con todo y sus antecedentes de bandolerismo, tampoco fue la excepción. Según Katz, salvo ciertos incidentes al principio, las fuerzas de Villa no mostraron señales de desorden, y más tarde llegaron a ser reconocidas como las más disciplinadas del ejército maderista. Al convertirse en movimiento armado, el antireeleccionismo dejó de necesitar a partidarios convencidos, y pasó a depender de tipos implacables, que como Villa, no reparaban en ejecutar a un hombre por desobediencia.

Ahora bien, la capacidad de mando propia de los jefes revolucionarios no fue el único factor que influyó en el orden que guardaron sus hombres. Santiago Portilla encuentra las razones de esa conducta en las características de la lucha misma.<sup>38</sup> Como ya hemos mencionado, los revolucionarios operaron en regiones a las que pertenecían, entre sus vecinos, contra los que no tenían por qué cometer abusos. No se trató de un movimiento de turbas, sino una rebelión dirigida contra focos de opresión bien definidos como lo eran las autoridades locales (jefes políticos, otros funcionarios de la federación, caciques) y las fuerzas de seguridad (rurales y ejército). Al parecer, los maderistas respetaron los intereses extranjeros y las leyes de guerra como lo establecía el Plan de San Luis. No arrasaron pueblos ni propiedades, tampoco provocaron graves destrozos; y salvo ciertas excepciones, no cometieron ejecuciones. Hubo casos como el de Urbano Zea, jefe político del distrito de Guerrero, que fue fusilado junto con sus

---

<sup>35</sup> Luis A. García a Eligio Hernández, Bachiniva, Chihuahua, febrero 26 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/14.

<sup>36</sup> Abraham González a Rafael Aguilar y demás miembros del Consejo de Guerra, Hacienda San Diego, Chihuahua, marzo 12 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/34; Informe del proceso realizado al soldado Antonio Murillo por el cargo de insubordinación en contra de su superior Luis A. García, Hacienda San Diego, Chihuahua, Marzo 12 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/38.

<sup>37</sup> Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, pp. 638-639.

<sup>38</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 351.

colaboradores. Este fusilamiento, como otros de los que tenemos noticia, contravino claramente lo dispuesto por el Plan de San Luis.<sup>39</sup>

Todo ello lleva a preguntarnos hasta qué punto los rebeldes acataron los lineamientos de la dirigencia nacional. Sin duda el Plan de San Luis circuló entre los revolucionarios, pero ello no implica que se haya seguido al pie de la letra. Menos en el aspecto de la organización militar, que resultaba muy formal, y chocaba con el pragmatismo mostrado por los chihuahuenses. Al iniciar, la insurrección tuvo que hallar su propio modo de cobrar fuerza, y lo logró, aunque algunas veces en contradicción con lo dispuesto por la dirigencia nacional. Madero era reconocido más como un emblema que como un dirigente real, y prácticamente no tenía control sobre lo que pasaba en Chihuahua. El curso que tomó la insurrección no se debió tanto al seguimiento de reglas previstas, como al tipo de hombres que la integraron. Aunque hasta cierto punto ordenada, la revuelta iniciada por los rancheros y campesinos chihuahuenses, estaba lejos de ser el movimiento que Madero y sus allegados pensaban dirigir.

Si bien, los chihuahuenses fueron capaces de levantarse en armas casi por sus propios medios y operar con relativo éxito, poco a poco fue haciéndose patente la necesidad de una dirigencia capaz de definir un rumbo para la insurrección. Había decisiones que tomar fuera del campo de combate, y los líderes chihuahuenses no mostraban mucha resolución.<sup>40</sup> Por otro lado, aunque eran buenos combatientes, los chihuahuenses no contaban con la base material para causar un daño serio al gobierno. Éste bien podía atrincherarse y esperar a que la revuelta perdiera su impulso, que al parecer fue lo que intentó; replegando al ejército en vez de enviarlo en desgastantes misiones de persecución.

#### 4. LÍMITES MATERIALES

La falta de armamento y provisiones, así como de un adecuado sistema de abastecimiento, fue la principal causa de que los rebeldes se retiraran ante el avance federal a inicios de 1911. En un principio, la actividad rebelde había estado marcada por una lógica de guerrillas. Las partidas

---

<sup>39</sup> Almada, *La Revolución*, pp. 193, 205, 218.

<sup>40</sup> Tenemos un ejemplo de ello gracias a la comisión oficiosa que acudió a entrevistarse con los rebeldes, poco antes de la toma de Ciudad Guerrero, con la intención de entablar pláticas de paz. Los jefes rebeldes no se sintieron capaces de entregar una respuesta, y acordaron enviar a Albino Frías y Cástulo Herrera a Estados Unidos, para pedir indicaciones de parte de González o Madero. Sánchez Lamago, *Historia militar*, p. 79; Katz, *Pancho Villa*, p. 101.

rebeldes aparecían sorpresivamente en pequeños poblados, vencían la resistencia, si es que esta existía, y se apropiaban de todo aquello que les pareciera útil para continuar la lucha. Esto cambió con la aparición de fuertes contingentes federales. Enfrentar un ejército de línea en campo abierto era una tarea para la que los rebeldes simplemente no estaban equipados. Para ello se requería de una considerable reserva de materiales bélicos, así como de una apropiada red de suministros. Elementos que no apreciamos en el escenario chihuahuense sino hasta la llegada de Madero. Antes, la capacidad de lucha de los chihuahuenses estuvo determinada por ciertas formas de financiamiento.

Debemos recordar que Chihuahua era un punto secundario en la estrategia inicial de Madero. Éste había puesto sus mayores esperanzas en el centro del país, lo que se reflejó en la distribución de los recursos. La organización del levantamiento en Chihuahua recibió poca ayuda por parte de la dirigencia nacional. A finales de octubre, Abraham González había mandado a un hombre de su confianza solicitando algo de dinero a la dirigencia en San Antonio.<sup>41</sup> En respuesta, González recibió la cantidad de 5,000 pesos, que sin duda fue muy útil, pero de ninguna manera suficiente como para financiar el levantamiento.<sup>42</sup> Ya iniciada la lucha, mientras se refugiaba en Nueva Orleans, Madero envió más recursos a Chihuahua a través de sus oficinas en la frontera. Éstas eran aportaciones mínimas en relación con las necesidades que planteaba la campaña.<sup>43</sup> La mayoría de los gastos que implicó la insurrección en sus primeros meses tuvieron que ser solventados por los mismos chihuahuenses. En su inicio por las sumas que aportaron voluntariamente los principales antirreeleccionistas del estado, y más tarde, en combate, por el “financiamiento sobre el terreno” que aplicaron los rebeldes valiéndose de lo estipulado por el Plan de San Luis.

Es de suponerse que la principal carencia de los rebeldes estuviera en el armamento. Aunque González repartió rifles entre los hombres más comprometidos, el volumen de armas no ajustaría para levantar una gran fuerza. Más tarde, el mismo González se encargó desde El Paso de traficar armas por la frontera, y aunque su labor fue intensa no resolvió la escasez de armas que afectaba a los maderistas.<sup>44</sup> Como hemos mencionado, este fenómeno provocó un proceso

---

<sup>41</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, pp. 327-328.

<sup>42</sup> Francisco I. Madero a Sr. Don Luis de la O, San Antonio, TX, noviembre 6 de 1910; Francisco I. Madero a Sr. J. P. Lomelín, San Antonio, TX, noviembre 6 de 1910, en Madero, *Epistolario (1910)*, pp. 305, 311.

<sup>43</sup> Francisco (I. Madero) a Juana P. de Montiel (Mercedes de Madero), Nueva Orleans, diciembre 12 de 1910, en Madero, *Epistolario (1910)* p. 314.

<sup>44</sup> Katz, *Pancho Villa*, pp. 111, 115.

selectivo, que influyó en la conformación inicial de las partidas rebeldes. Problema aparte fue la manutención de la tropa, así como la obtención de forrajes para la caballada. Katz señala que a medida en que avanzó la revuelta, el poder de convocatoria de los distintos cabecillas varió de acuerdo con su capacidad para armar y alimentar a sus hombres.<sup>45</sup>

Los recursos que en un principio pudieron juntar los rebeldes se agotaron tras las primeras acciones, y conforme los contingentes rebeldes fueron creciendo se hizo necesario recurrir al “financiamiento sobre el terreno”. Con ello nos referimos a una serie de medidas previstas en el Plan de San Luis, que autorizaban a los insurrectos tomar los fondos públicos de las poblaciones a las que llegaran, así como contraer empréstitos voluntarios o forzosos. Por esta razón, lo primero que hacían los rebeldes al entrar en una población era cambiar las autoridades, y luego tomar el dinero y las armas que encontrarán en las oficinas públicas.<sup>46</sup> Por otro lado, el recurso del préstamo (voluntario o forzoso) permitía cubrir las necesidades más variadas de una forma inmediata, sin necesidad de interrumpir el desplazamiento; bastaba que en el camino hubiera algún pueblo, una hacienda o un rancho. Como prueba de esta forma de aprovisionamiento, queda la siguiente autorización de un jefe revolucionario hacia uno de sus subordinados: “[...] queda autorizado para recoger de los particulares el dinero, monturas, bestias, armas y parque, que serán empleados en alluda [*sic*] de la causa, del partido maderista. Al efecto otorgará el recibo correspondiente [...]”<sup>47</sup>

Los recibos pagaderos al triunfo de la revolución fueron quizá el medio más importante de financiamiento, pero no el único. También tenemos las contribuciones voluntarias que recibían los rebeldes por parte de simpatizantes, las cuales, según Caraveo, eran pequeñas pero muy frecuentes.<sup>48</sup> Otra importante fuente de suministros, sobre todo de armamento, estaba en el botín de guerra. El despojo de armas, municiones y víveres que se hacía del enemigo derrotado fue característico del movimiento revolucionario desde un principio. Asimismo hubo casos en que los rebeldes interceptaron trenes de carga apoderándose de su contenido. Algunas de esas capturas llegaron a aportar mucho más que el total de los envíos desde Nueva Orleans.<sup>49</sup>

---

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 124.

<sup>46</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, pp. 333-335; Valadés, *La Revolución y los revolucionarios*, p. 642; Almada, *La Revolución*, p. 180.

<sup>47</sup> Autorización del Lic. M. Casillas a Candelario Romero, Madera, Chihuahua, diciembre 26 de 1910, (AM-BN), caja 1, Ms. M/5.

<sup>48</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 47.

<sup>49</sup> W. Olliphant (Federico González Garza) a F. Mercier (Francisco I. Madero), San Antonio, TX, enero 28 de 1911, (AM-BN), caja 1. Ms. M/10.

Así, el sistema de aprovisionamiento rebelde se fue configurando como un sistema práctico pero poco eficaz. Aunque concedía un amplio margen de desplazamiento, difícilmente suministraba lo suficiente como para permanecer en el mismo sitio por un largo tiempo y menos en combate trabado. Esto impidió sostener las posiciones rebeldes alrededor de Ciudad Guerrero a inicios de 1911. Las fuerzas maderistas no resistirían en una guerra de posiciones contra las columnas federales. La movilidad era una ventaja del financiamiento sobre el terreno si se le examina desde la visión del cabecilla guerrillero, pero una desventaja desde la perspectiva del militar profesional.

Para los maderistas el problema radicó en que la actitud adoptada por el ejército federal no permitió continuar con una táctica guerrillera. La campaña federal a partir de 1911 se caracterizó por la concentración de fuerzas en las principales plazas del estado, y no por la persecución de las partidas rebeldes. Fue así que los maderistas se vieron obligados a ir en busca de una batalla decisiva si es que querían darle una nueva dimensión a su movimiento.

Tras dejar el paso libre a Ciudad Guerrero, la mayor parte de las fuerzas rebeldes se internó en la sierra, para ponerse a salvo mientras preparaban nuevas acciones. El problema era que no contaban con los recursos para combatir abiertamente a los federales, y tampoco tenían con un plan bien definido. Fue entonces cuando vino el acercamiento con la dirigencia antirreeleccionista, que tenía su enlace con Chihuahua en la persona de Abraham González. Éste se hallaba en El Paso arreglando con Federico González Garza la entrada de Madero. El 16 de enero, Orozco y otros jefes maderistas recibieron una carta en la que González los invitaba a tomar Ciudad Juárez, donde obtendrían armas y víveres. Esta invitación atrajo la atención de los rebeldes, quienes seguramente vieron una buena posibilidad para continuar la lucha. Así, las fuerzas de Orozco, García y otros jefes revolucionarios se pusieron en marcha hacia la frontera.<sup>50</sup>

Al igual que lo había intentado en Ciudad Porfirio Díaz, Madero pensó establecer su gobierno en Ciudad Juárez, una vez que ésta fuera tomada por los insurrectos, lo cual iba a ocurrir tentativamente el 5 de febrero. Aunque Abraham González había prometido armas a los rebeldes, su principal objetivo era lograr el acceso de Madero. Los grupos rebeldes avanzaron separadamente hacia el norte, pasando por la zona de Casas Grandes, San Buenaventura y Galeana, donde libraron pequeños enfrentamientos con fuerzas federales.<sup>51</sup> En los primeros días

---

<sup>50</sup> Almada, *La Revolución*, p. 189; Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 336.

<sup>51</sup> Sánchez Lamego, *Historia Militar*, p. 63; Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 46.

de febrero, las columnas rebeldes se unieron en las afueras de Ciudad Juárez, e impusieron un sitio que duró varios días. Cuando todo parecía indicar que la ciudad sería tomada por los rebeldes, éstos emprendieron la retirada de vuelta al sur.

Hay varias versiones sobre los motivos que tuvieron Orozco y los demás jefes para retirarse de Ciudad Juárez,<sup>52</sup> lo seguro es que hubo una fuerte desavenencia entre los chihuahuenses y la dirigencia en el exilio. En la noche del 7 de febrero un estado mayor nombrado por Madero cruzó la frontera para entrevistarse con los jefes rebeldes. Las órdenes consistían en que todos los rebeldes se pusieran bajo el mando del coronel José de la Luz Soto, nombrado Jefe militar del estado por Madero.<sup>53</sup> Esto sin duda hirió la susceptibilidad de hombres que habían estado peleando desde el principio, y ahora eran tratados como simples subordinados por gente que no conocían. Lo más grave fue que la entrega de armas y provisiones fue condicionada a la aceptación de esas órdenes. La mayoría de los rebeldes tomó esto como una afrenta, abandonó a los oficiales de Madero, y regresó a su zona de operaciones.

A pesar del conflicto provocado por el poco tacto del estado mayor maderista, algunas partidas de rebeldes permanecieron en la zona fronteriza esperando la entrada de Madero, quien finalmente se adentró en territorio nacional el 14 de febrero. El primer intento de Madero por asumir el mando de las fuerzas chihuahuenses había sido un claro fracaso. Una vez en territorio nacional tendría que buscar la forma de restaurar su autoridad y dirigir el curso de la rebelión. Una rebelión a la que él había convocado, pero que hasta el momento se había desarrollado sin su participación directa.

Quedaba claro que los revolucionarios no prestarían la obediencia propia de los militares profesionales, y que cualquier decisión sobre nuevos mandos debería contar con su aprobación. Era una situación muy difícil debido a la completa autonomía con que estaban acostumbrados a operar los chihuahuenses. Madero enfrentaría el gran reto de establecer un mando central al que se subordinaran las distintas guerrillas, y así formar una fuerza militar lo más eficaz posible. Frente a un ejército profesional, la acción y el mando unitarios eran impostergables.<sup>54</sup>

---

<sup>52</sup> Almada opina que Orozco se retiró por considerar que Ciudad Juárez estaba muy bien protegida, Almada, *La Revolución*, p. 189; por su parte, Sánchez Lamego atribuye la retirada de Orozco a que González no volvió a comunicarse, Sánchez Lamego, *Historia Militar*, p. 72; Sánchez Azcona lo atribuye todo a la soberbia de Orozco, que al enterarse de la llegada de Madero prefirió retirarse, Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia*, p. 194.

<sup>53</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 42.

<sup>54</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 339.

## CAPITULO III

### UN NUEVO RUMBO PARA LA INSURRECCIÓN

#### 1. MADERO EN COMBATE

Hubieron de pasar casi tres meses antes de que Madero hiciera su aparición en Chihuahua. Tras su estancia de un mes en Nuevo Orleans, regresó a San Antonio, donde estuvo planeando una nueva expedición para entrar por Coahuila. Esta posibilidad se manejó durante las primeras semanas de 1911 y terminó en otro fracaso.<sup>1</sup> A mediados de ese mes, pasó a Dallas, y estableció comunicación con Abraham González, quién le presentó un escenario favorable para su entrada en Chihuahua. Fue entonces cuando se empezó a planear la toma de Ciudad Juárez, que como hemos visto, terminó frustrándose. Luego, con Madero ya en El Paso, vinieron más días de indecisión para la cúpula antireeleccionista. Una parte de los colaboradores de Madero le aconsejaban esperar a que el movimiento se ampliara y llegará a controlar alguna ciudad de importancia. De acuerdo a este argumento, Madero debía limitarse a la representación política de la insurrección y a organizar el gobierno provisional, mientras tanto, las fuerzas del pueblo se encargarían de llevar a cabo la lucha.<sup>2</sup>

Si Madero se resistía a entrar por Chihuahua, no era por cobardía, sino porque deseaba entrar por un territorio familiar y en condiciones convenientes. A excepción de Abraham González, Madero no conocía a ningún otro de los líderes chihuahuenses.<sup>3</sup> Además, como lo comprobaron los hechos a las afueras de Ciudad Juárez, su control sobre los rebeldes estaba seriamente limitado. Aunque la mayoría de los sublevados justificaba su acción en el Plan de San Luis, y reconocía a Madero como máximo líder de la insurrección, éste no tenía control efectivo sobre el movimiento; su autoridad era más bien nominal.<sup>4</sup> Ello se debía a su ausencia en los primeros meses de la insurrección, lo mismo que a su reducida contribución económica, pero sobre todo, al tipo de movimiento que se había generado en Chihuahua.<sup>5</sup>

---

<sup>1</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 375; Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 40.

<sup>2</sup> W. Olliphant (Federico González Garza) a F. Mercy (Francisco I. Madero), San Antonio, TX, enero 27 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/9; Estrada, p. 392.

<sup>3</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 113.

<sup>4</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 395.

<sup>5</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 114; el autor pone énfasis en el carácter fragmentario del movimiento, que estaba compuesto por distintos grupos, actuando bajo diversas tendencias.

Como hemos visto en el capítulo anterior, el levantamiento en Chihuahua fue muy diferente de lo que esperaba la dirigencia antireeleccionista. Se trataba de campesinos rebeldes, agrupados en partidas, actuando autónomamente, en distintas regiones y bajo distintos liderazgos; no rendían cuentas a un mando central, que de hecho no existía. Si bien, los sublevados reconocían una dirigencia nacional, eran ante todo leales a sus cabecillas, a quienes los unían lazos de vecindad, amistad o parentesco. Además de las divisiones regionales y personales, estaban las ideológicas, pues no puede ignorarse la participación de contingentes magonistas, que no reconocían del todo la autoridad de Madero.

Katz sugiere que antes de entrar a Chihuahua, Madero quería resolver el problema de su control sobre los rebeldes.<sup>6</sup> Sin embargo, nada conseguiría permaneciendo en El Paso; tenía que adentrarse en territorio nacional y participar en la lucha. Madero haría valer su autoridad en combate, del mismo modo en que lo habían hecho los líderes chihuahuenses. Gracias a un cálculo de este tipo, o debido a la orden de aprehensión que el gobierno norteamericano giró en su contra, el hecho es que Madero cruzó la frontera en la noche del 14 de febrero, acompañado por González y una pequeña escolta. En el lado mexicano los esperaban los miembros del estado mayor con los pocos rebeldes que habían podido reunir. Eran aproximadamente unos 100 hombres, de los cuales una buena parte eran magonistas.

Con apenas unas horas en territorio nacional, Madero tuvo que enfrentar el primer ataque a su autoridad. Prisciliano Silva, uno de los jefes magonistas, había llegado con la intención de insultarlo. Se ordenó el arresto del magonista, pero éste se resistió, e intentó alzar al resto de sus compañeros. Madero no perdió tiempo, y comenzó a arengar de viva voz a los rebeldes. Al final, Silva huyó con unos cuantos hombres, y la gran mayoría se quedó con Madero. Sin duda fue un momento de grave tensión, pero también fue una oportunidad para que el recién llegado comenzara a ganarse el respeto de los rebeldes. Entonces, Madero dio muestras del valor y determinación que lo acompañarían en toda su campaña por Chihuahua. De aquí surgió el núcleo de la columna maderista; la cual, tras el incidente con Silva, comenzó su trayecto de la frontera hacia el interior del estado.

Al parecer, antes de cruzar la frontera, Madero y su estado mayor habían preparado un plan de campaña que tenía como objetivo principal la toma de Ciudad Juárez.<sup>7</sup> A su llegada,

---

<sup>6</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 113.

<sup>7</sup> Aunque no coinciden exactamente en los detalles del plan, tanto Valadés como Taracena lo mencionan. Taracena, *Madero*, p. 312; Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 103.

Madero no contaba con los hombres suficientes como para lograr esa misión; para ello necesitaba concentrar bajo su mando a las distintas partidas rebeldes. Esto sería más fácil si antes dejaba sentir su presencia en el estado. Con esa idea, Madero puso su mira en Casas Grandes, que consideraba una plaza débil. Tomarla significaba adueñarse de un punto estratégico, que además de comunicar con la sierra, permitiría proyectar un ataque contra Ciudad Juárez.

No hay señales de que Madero haya tenido problemas con las fuerzas chihuahuenses tras el incidente con Silva. Antes de dejar atrás la frontera, Madero y Abraham González sostuvieron una reunión con los distintos cabecillas rebeldes. Se les aseguró que podían conservar el mando de sus hombres, siempre y cuando acataran la autoridad de Madero. Al parecer, los cabecillas aceptaron con agrado la disposición, y en medio de un entusiasmo generalizado se comprometieron muy formalmente a cumplir su deber.<sup>8</sup> Sorpresivamente, los problemas aparecieron al interior del estado mayor; un aparato en que Madero había delegado mucha responsabilidad al inicio de su campaña.

De acuerdo a su última reorganización, hecha a la entrada de Madero, el estado mayor se integraba por tres coroneles: José de la Luz Soto (veterano de la guerra de intervención), Eduardo Hay (ingeniero por la Universidad de Notredame), Giuseppe Garibaldi (hijo del célebre guerrillero italiano), y cinco capitanes: Manuel García Vigil, Octavio Morales, Rafael Aguilar, Raúl Madero y Roque González Garza; los tres primeros oficiales del colegio militar, y los otros dos aunque no militares, hombres de toda la confianza de Madero. El caso fue que varios de ellos empezaron a rivalizar por la influencia que ejercían en la pequeña columna. Madero mostraba predilección por sus coroneles, especialmente por Garibaldi, a quien en poco tiempo nombró teniente coronel. La medida provocó el disgusto de otros miembros del estado mayor, que solicitaron la revocación de tal nombramiento, pero fueron ignorados.<sup>9</sup> Poco a poco, el estado mayor se fue revelando como un órgano ineficiente, abocado a la intriga, y que de ninguna manera justificaba la confianza depositada por Madero.

A lo largo de las dos semanas que duró el trayecto de la frontera al interior, la columna maderista fue creciendo con voluntarios que aparecían en el camino. El primero de marzo entró a San Buenaventura, donde se le unió un contingente de aproximadamente 200 rebeldes. La población había sido ocupada unos días antes, por lo que Madero y sus hombres fueron recibidos

---

<sup>8</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, pp. 44-49.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 55.

calurosamente en una ceremonia de bienvenida organizada por los vecinos.<sup>10</sup> Aquí se instaló el cuartel maderista, y se empezó a proyectar el ataque contra Casas Grandes. Eduardo Hay recibió la misión de instalar un puesto de avanzada en Galeana, sobre el camino entre San Buenaventura y Casas Grandes. El día cuatro los rebeldes se enteraron de que una fuerza federal al mando del general Navarro se dirigía a reforzar la plaza.<sup>11</sup> Ese mismo día, Madero recibió respuesta de Orozco, a quien ya le había comunicado sus planes; Orozco marchaba hacia Galeana al frente de 450 hombres. Era sólo cuestión de esperar para recibir refuerzos, pero entonces Madero decidió adelantarse. En vez de aguardar la llegada de Orozco, ordenó el ataque para el amanecer del seis de marzo, confiando en que Navarro no llegaría a tiempo.<sup>12</sup>

La batalla de Casas Grandes fue algo distinto al resto de los combates que habían tenido lugar en Chihuahua. En su planeación fue notable la influencia del estado mayor, que trató de darle una nueva organización a las fuerzas rebeldes. En el asalto participaron cerca de 600 hombres divididos en tres columnas, cada una a cargo de un jefe distinto: Hay, Soto y Garibaldi. Al ataque también se sumó Madero al mando de una escolta que conformaba la retaguardia. No había transcurrido ni una hora de combate, cuando el Coronel Soto se presentó ahí, dando a entender que su columna había sido emboscada. Al verse abandonados bajo fuego enemigo, los hombres al mando de Soto empezaron a retirarse. Conforme el asalto seguía, más y más hombres llegaban a la retaguardia, donde Madero trataba de reorganizarlos sin éxito. Los rebeldes estaban acobardados, pero sobre todo confundidos; el mismo Madero se hallaba demasiado nervioso como para poner algún orden. La guarnición federal no daba muestras de ceder, y la derrota se fue haciendo cada vez más eminente. Ésta se confirmó cuando la columna del general Navarro apareció por la retaguardia, tras haber rodeado las posiciones rebeldes. Entonces siguió una desbandada general en la que cada quién salvó su vida como pudo.<sup>13</sup>

Además de los hombres muertos o capturados en combate, entre los que se hallaba Eduardo Hay, los rebeldes dejaron una buena cantidad de armas y provisiones abandonadas. Según ciertos cálculos se perdieron 200 caballos, 100 rifles y 4,000 cartuchos, lo cual nos da una idea de la derrota, pero también nos habla de las cantidades de material bélico que habían

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 59.

<sup>11</sup> Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 122.

<sup>12</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 47; Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 127.

<sup>13</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, pp. 68-71.

empezado a circular en Chihuahua desde la entrada de Madero.<sup>14</sup> Otro de los aspectos que la derrota expuso fue la incapacidad de los jefes foráneos para dirigir adecuadamente a los rebeldes. La actitud de Soto es claro ejemplo de ello, en lugar de alentar a sus hombres durante el combate, se encargó de desmoralizarlos a cada momento.

Quizá el aspecto más rescatable del enfrentamiento en Casas Grandes haya sido el valor personal de Madero. No sólo por entrar en combate, sino por resistir en su posición hasta el último momento, en el que tuvo que retirarse a pie junto a sus hombres. En esta acción recibió una herida de bala en el brazo, lo cual no fue tan desafortunado como podría pensarse. Todo lo contrario, pues de esta manera quedó en igualdad de condiciones ante los jefes rebeldes, que en su momento lo habían despreciado. Ahora, al igual que ellos, Madero había arriesgado su vida en combate. Existe una fotografía de esos días en la que Madero parece exhibir orgulloso su brazo vendado. Muy probablemente ésta sea la razón por la que no esperó a Orozco y actuó por su cuenta. No contento con ser el líder nominal, quiso forjarse un prestigio como verdadero jefe de armas. Aunque no logró la victoria, su figura sí cobró una nueva dimensión, así lo reconoció el mismo Aguilar, que por momentos fue tan duro en su juicio hacia Madero.<sup>15</sup>

La derrota no significó de ninguna manera la disolución de la columna maderista. Tras la batalla, los maderistas se reagruparon en un punto cercano a Casas Grandes; aquí se les unió García, que recién había llegado con sus hombres, y dos días después hizo lo mismo Orozco. Además de estos grupos que eran de los más numerosos, pronto fueron llegando nuevos contingentes y voluntarios. El 12 de marzo Madero reubicó su cuartel en San Buenaventura; ahí permaneció unos días, y luego se puso en marcha al frente de una columna que ya alcanzaba los 1,500 hombres.<sup>16</sup> En lugar de avanzar contra Ciudad Juárez, Madero decidió seguir internándose en el estado, y juntar más fuerza. Su nuevo destino era la hacienda de Bustillos, en el corazón de Chihuahua; ahí se instalaría el nuevo cuartel rebelde. Por su parte, Abraham González formó una comitiva con la que fue instalando ayuntamientos por los distritos occidentales del estado.<sup>17</sup>

---

<sup>14</sup> Almada, *La Revolución*, p. 200.

<sup>15</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 72.

<sup>16</sup> Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 127.

<sup>17</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 48.

## 2. EL EJÉRCITO LIBERTADOR

Ya fuera por las partidas que se sumaban espontáneamente, o por la llegada de jefes que respondían a su llamado, Madero vio crecer su columna a medida que iba internándose en Chihuahua. Sin embargo, la concentración de fuerzas era sólo un paso dentro del proceso de cohesión militar que buscaba la dirigencia. Faltaba transformar las fuerzas chihuahuenses en un cuerpo más o menos regular, y con ello poner fin a la actividad guerrillera. Madero pudo avanzar en este aspecto hasta después de su primer mes de operaciones, ya con un buen número de rebeldes bajo su mando. Fue durante el recorrido de San Buenaventura a Bustillos, cuando una serie de decretos empezó a dar forma a lo que Madero llamó el Ejército Libertador.

Poco antes de salir con rumbo a Bustillos, Madero y Abraham González enviaron comunicados por todo el estado, dando cuenta de la concentración que iba a realizarse. Estas comunicaciones alcanzaron a José de la Luz Blanco hasta Sonora, de donde regresó inmediatamente al mando de casi 200 hombres, entre ellos muchos voluntarios sonorenses.<sup>18</sup> Similar fue el caso de otros jefes como Guadalupe Hernández, que tras recibir las instrucciones de Madero, respondió en los siguientes términos: “Me permito ponerme a sus ordenes tanto yo como la columna que me acompaña en este lugar, ya sea a la toma de Chihuahua o donde se ofrezca. Sin más su subordinado que le guarda un profundo respeto. Sufragio Efectivo. No Reelección. El comandante de Armas. Guadalupe Hernández”<sup>19</sup>

El cuartel general en Bustillos quedó instalado el 24 de marzo, y en cuestión de dos semanas ya albergaba a la gran mayoría de los revolucionarios. Fue entonces cuando se presentaron jefes como Villa, que habían estado operando de forma aislada en las orillas de Chihuahua. En el caso de éste, primero se entrevistó con Madero en San Andrés, y de ahí pasó con sus hombres a Bustillos. Según Katz, fue aquí donde Madero logró imponer su autoridad y crear un ejército unificado a partir de heterogéneas fuerzas guerrilleras.<sup>20</sup> Ésta no fue una tarea sencilla, pues se trataba de voluntarios que no conocían la disciplina militar, regresaban a sus casas cuando querían, y sólo obedecían a sus jefes inmediatos. Para regular conductas de este tipo, tuvo que realizarse una importante labor normativa.

---

<sup>18</sup> Calzadías, *Hechos Reales*, p. 58.

<sup>19</sup> Guadalupe Hernández A Francisco I. Madero y Abraham González, Laborcita del Fresno, Chihuahua, marzo 29 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/52.

<sup>20</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 126.

Entre marzo y mayo de 1911, Madero expidió una gran cantidad de circulares y decretos orientados a formalizar la insurrección, e infundir disciplina entre los rebeldes. La primera medida consistió en ordenar el cese de las guerrillas y la formación de cuerpos regulares de ejército. En su decreto del 15 de marzo, firmado en San Buenaventura, Madero fue muy claro con respecto a sus intenciones:

[...]es indispensable organizar todas las fuerzas insurgentes y constituir las en cuerpos regulares, tanto para que su acción sea más eficaz, cuanto para que cesen las guerrillas aisladas que por su propia condición causan a las personas y a la propiedad privada más daño que los cuerpos organizados y sujetos a una ley general [...]<sup>21</sup>

Tras ratificar su carácter como presidente provisional y jefe supremo del Ejército Libertador, ordenó la organización de los rebeldes de todo el país en siete cuerpos de ejército. Al mismo tiempo anunció la sujeción de éstos a la ordenanza militar, excepto en los puntos relativos a la desertión.

El proceso de regularización fue reforzado por un nuevo decreto del día 20 de marzo, fecha en que la columna maderista marchaba hacía Bustillos.<sup>22</sup> En este decreto se reglamentaron dos cuestiones fundamentales: la económica, y la referente a la desertión. El documento puso de manifiesto que Madero respetaría el carácter voluntario de sus seguidores, que incluso serían recompensados, siempre y cuando se sometieran a cierta disciplina. El artículo primero fijó el sueldo de un peso diario para todos aquellos que prestaran sus servicios hasta el fin de la guerra; dicha gratificación se acumularía para ser pagada al término de la revolución, o tan pronto como se pudiera. También se previó la asignación de pensiones por viudez y orfandad a las familias de los rebeldes que murieran en combate. El artículo quinto anunciaba facilidades para adquirir terrenos nacionales al término de la revolución. Los artículos segundo, tercero y cuarto se referían a la desertión. Quedó establecido que la baja del ejército se concedería a quién la solicitara, a menos que se estuviera frente al enemigo. Se estipularon castigos por no devolver todo el equipo al causar baja, lo mismo que por huir durante el combate. Finalmente, el artículo sexto imponía como deber de todo soldado “observar la más estricta disciplina y acatar

---

<sup>21</sup> Decreto No. 17, Francisco I. Madero, Abraham González, Buenaventura, Chihuahua, marzo 15 de 1911, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2283.

<sup>22</sup> Decreto No. 1, Francisco I. Madero, Campamento del Ejército Libertador en Encinillas Chihuahua, marzo 20 de 1911, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2287. Existe una discrepancia en la numeración de los decretos citados, sin tener una explicación satisfactoria al respecto, nos hemos limitado a citar los documentos tal y como se les puede encontrar en el acervo consultado.

respetuosamente las órdenes de sus superiores. Las faltas de esta naturaleza serán castigadas por sus jefes con penas adecuadas”<sup>23</sup>

Aunque el ejército maderista mostró, en lo general, un buen comportamiento, no faltaron indisciplinas que perseguir. Éstas se juzgaron a través de consejos de guerra, que no siempre actuaron con la rigidez debida, pues en varias ocasiones sus sentencias no se cumplieron cabalmente.<sup>24</sup> De cualquier modo cumplieron con la función de castigar las faltas graves de disciplina, y así reforzaron el régimen castrense. Con detalles como éste, Madero pudo dotar a la insurrección del carácter formal que tanto ansiaba. Katz rescata el testimonio de un fotógrafo estadounidense que se sorprendió de ver el orden imperante en el campamento revolucionario.<sup>25</sup> Por otro lado, Aguilar menciona los favorables comentarios que había hecho circular la prensa estadounidense con relación al orden guardado por los rebeldes.<sup>26</sup>

Recordemos que Madero estaba interesado en que la insurrección causara una buena impresión. El futuro del movimiento podía depender de la idea que de él se formaran los políticos y empresarios estadounidenses. Fue por ello que Madero puso especial cuidado en no perjudicar los bienes y propiedades extranjeras. Ya vimos que el decreto en que se ordenaba el cese de las guerrillas estaba inspirado en una preocupación por los daños que pudiera sufrir la propiedad privada. Madero quería demostrar que la insurrección estaba bien dirigida, y no representaba riesgo alguno para los intereses extranjeros, por ello insistió en la regularización de sus fuerzas. Claro que intervinieron razones de eficiencia militar, pero sobre todo había que deslindar a los rebeldes de prácticas que dieran señales de bandolerismo o desorden.

Con el fin de evitar el bandidaje, las extorsiones, o la imposición de préstamos no autorizados, se estableció un sistema de control que consistía en el registro de los rebeldes en cuarteles autorizados. A finales de Marzo, Abraham González ordenó a los revolucionarios que operaban en el distrito de Guerrero que pasaran a registrarse al cuartel de San Isidro, ello debido a las quejas de que grupos armados estaban extorsionando en nombre de la insurrección.<sup>27</sup> Los jefes municipales, que a su vez eran comandantes militares, quedaron encargados de suministrar forraje y provisiones a los hombres que estuvieran registrados. Cabe mencionar que este sistema

---

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 349-350.

<sup>25</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 126.

<sup>26</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p. 33.

<sup>27</sup> Circular, Abraham González, Ciudad Guerrero, Chihuahua, marzo 30 de 1911, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2274; Vicente Vega a Abraham González, Carichic, Chihuahua, marzo 27 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/47.

fue instalado por González durante su recorrido por los distritos que controlaba la insurrección. Orozco tomaría una medida similar tras la toma de Ciudad Juárez, entonces ordenó que todos los rebeldes del estado se reportaran al cuartel general en dicha ciudad, para así evitar ciertos abusos que se habían estado verificando.<sup>28</sup> Tanto González como Orozco advertían que los revolucionarios que no obedecieran la disposición, serían considerados reos del orden público.

### 3. ABASTECIMIENTO (LA CLAVE DEL ÉXITO)

Dos semanas después de su llegada a Bustillos, los insurrectos volvieron a marchar hacia la frontera con el objetivo de tomar Ciudad Juárez. La movilización inició el 7 de abril; Orozco y Villa se adelantaron con 500 jinetes cada uno, y Madero los siguió al mando de 1,500 hombres. Nada obstaculizó el avance del Ejército Libertador que llegó a las afueras de Ciudad Juárez el 19 de abril, y desde entonces estableció el cerco. En unas cuantas semanas, Madero había podido reunir a las guerrillas rebeldes, transformarlas en un cuerpo militar bien organizado, y amenazar una plaza de importancia. Pero ¿cómo había logrado esto?, si dos meses atrás su control sobre la situación en Chihuahua parecía bastante limitado.

Durante los primeros meses de la insurrección fue difícil coordinar a las distintas partidas para que funcionaran como un cuerpo unido. Se reunieron momentáneamente en torno a Ciudad Guerrero, pero pronto se volvieron a dispersar. Esto se debía a que las necesidades de cada grupo sólo podían cubrirse si actuaban por separado. Una fuerza muy numerosa hubiera acabado rápidamente con los recursos de una región. La unión sólo sería posible al contar con una base material tan amplia como para asegurar el abastecimiento de cientos de hombres por meses enteros. Esto fue precisamente lo que consiguió Madero, quien se convirtió en una fuente de recursos en torno a la cual se aglutinaron las distintas partidas rebeldes. Además del equipamiento y manutención diaria de la tropa, Madero fijó incentivos adicionales como el sueldo y las pensiones. De esta manera afianzó su autoridad entre los rebeldes, y estuvo mejor posibilitado para llevar a cabo su proyecto de reorganización.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Manifiesto de Pascual Orozco (hijo), Ciudad Juárez, mayo 14 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/322.

<sup>29</sup> Portilla, *Una sociedad en armas*, p. 75; Katz, *Pancho Villa*, pp. 120-121.

Al entrar a Chihuahua, Madero y sus allegados debieron pasar una importante cantidad de armas y provisiones que habían estado almacenando en El Paso desde semanas atrás.<sup>30</sup> Tras la batalla de Casas Grandes, ya con nuevos contingentes en su columna, Madero dispuso la compra de toda especie de víveres en una casa comercial de Nuevo Casas Grandes. El total ascendió a 7,600 dólares, mismos que se pagaron en efectivo; el volumen de productos sugiere que pudo formarse una importante reserva para el trayecto hacia Bustillos.<sup>31</sup> En los días siguientes, Madero autorizó nuevas compras, esta vez de prendas de vestir hasta en número de 1,500 cada una.<sup>32</sup> Estos datos muestran claramente el potencial económico que adquirió la insurrección con la llegada de Madero, así como el tipo de dominio que éste empezó a ejercer.

Inicialmente, la nueva dirigencia pudo ganarse el apoyo de los rebeldes gracias a las fuertes cantidades de efectivo de que disponía. Sin embargo, este recurso fue agotándose a medida que se cubrían las necesidades de una columna en constante crecimiento. La escasez se hizo notable a finales de la campaña, y llegó a poner en aprietos a la dirigencia maderista, especialmente durante el sitio de Ciudad Juárez. Esta operación representó una especial dificultad, tanto por la cantidad de hombres que participaron (aproximadamente unos 2,500), como por el tiempo que se extendió (casi 20 días, o sea del 19 de abril al 10 de mayo).

Por tales fechas, y tras haber considerado la situación financiera de la insurrección, Gustavo Madero le recomendaba a su hermano Francisco, optimizar el uso del poco efectivo con que aún contaban. La principal preocupación de Gustavo era el abastecimiento de armas y municiones; quería emplear el efectivo para la compra de armamento, y no para la manutención de la tropa.<sup>33</sup> Todo indica que la dirigencia puso en práctica este consejo, pues las compras en efectivo fueron suspendidas, y lo mismo sucedió con el sueldo de los rebeldes. La última fue una decisión arriesgada que haría peligrar el desenlace de la insurrección.

Si la columna maderista no se desbandó por carencias materiales, ello se debió a la eficaz administración implementada por su dirigencia. Uno de los factores más importantes de esa

---

<sup>30</sup> W. Olliphant (Federico González Garza) a F. Mercier (Francisco I. Madero), enero 23 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/6.

<sup>31</sup> Factura. Ketelsen & Degetan sucs, Nuevo Casas Grandes, 10 de Marzo de 1911, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2264

<sup>32</sup> Nota de los efectos entregados a Luis A. García, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2266; Nota de venta, marzo 12 de 1911, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2267; Nota de venta a nombre de L. Salazar, Colonia Juárez Chihuahua, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2268; Pascual Orozco a Francisco Madero, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2265.

<sup>33</sup> Taracena, *Madero*, p. 394; Gustavo A. Madero a Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 22, Ms. M/2387; Gustavo A. Madero a Roque González Garza, Campamento del ejército libertador a orillas del Bravo, frente a Ciudad Juárez, (AM-BN), caja 2, Ms. M/157.

eficiencia estuvo en el sistema de aprovisionamiento organizado a la llegada de Madero. Dicho sistema se caracterizó por la centralización de todos los recursos que se iban obteniendo, para luego distribuirlos a través de una proveeduría general. De este modo, la dirigencia pudo ejercer un control más efectivo sobre los revolucionarios, que ya no estaban autorizados para conseguir recursos por ellos mismos, y quedaron supeditados a proveedores designados por el mismo Madero.<sup>34</sup> Aunque la proveeduría recayó en distintas personas, su función siempre fue la misma: realizar la compra o acopio de todos los elementos, y abastecer a cada compañía de lo más indispensable por solicitud expresa de los distintos jefes.<sup>35</sup>

Las ventajas de este sistema se hicieron patentes cuando la falta de efectivo obligó a escatimar los gastos en la mayor medida de lo posible. Después de la toma de Ciudad Juárez, y debido a fuertes reclamos por parte de Orozco, Madero remitió diversas cantidades a los jefes de compañía para que cubrieran el sueldo de sus hombres. A cada hombre le corresponderían sólo tres pesos, esto “...en la inteligencia de que no habrá necesidad de que compre ud. víveres, puesto que la comisaría está abierta todo el día para satisfacer los pedidos por escrito de los jefes o de los proveedores autorizados por los jefes referidos.”<sup>36</sup>

El financiamiento de la insurrección se realizó en gran parte con recursos provenientes de la fortuna familiar de los Madero. Pero como hemos visto, los gastos sobrepasaron la capacidad financiera de éstos, y entonces resultaron cruciales las aportaciones del campo chihuahuense. Sin la administración adecuada de las zonas controladas por la insurrección, el sistema de aprovisionamiento se hubiera colapsado. A través de las autoridades que Abraham González fue instalando en los distritos maderistas, fue posible conseguir maíz, frijol, harina, y otros productos básicos. Los jefes políticos provisionales ayudaban a cubrir las necesidades del campamento rebelde mediante una contribución en especie, que era repartida equitativamente entre los

---

<sup>34</sup> Los proveedores generales quedaron como los únicos autorizados para firmar pagarés por bienes o mercancías. Cuando la falta de efectivo obligó a solicitar préstamos forzosos, Madero nombró delegados financieros, con la misión especial de recaudar fondos y emitir recibos por las cantidades recibidas, véase: Francisco I. Madero a José Rodríguez Cabo, Campamento del Ejército Libertador a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, mayo 2 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/203. No es la primera vez que mencionamos el cuidado que hubo en este aspecto. Los rebeldes ya no pudieron seguir expidiendo órdenes de pago por su cuenta, esto fomentó un control más estricto y eficaz de las finanzas.

<sup>35</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, pp. 52-53; J. M. Espinoza al Proveedor del Cuartel General, marzo 11 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/28; Francisco I. Madero a Luis G. Aguirre, Ciudad Juárez, mayo 12 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/275.

<sup>36</sup> Francisco I. Madero a Coronel José de la Luz Blanco, Ciudad Juárez, mayo 13 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/296; Francisco I. Madero a Mayor Raúl Madero, Ciudad Juárez, mayo 13 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/300.

propietarios de la comarca.<sup>37</sup> Por otro lado, la proveeduría general comisionó a distintos individuos para que ocuparan algunas haciendas, pusieran en funcionamiento los molinos, y extrajeran todos los recursos disponibles.<sup>38</sup>

El financiamiento mixto resultó una excelente forma de nivelar los gastos. Al aprovechar los víveres que proporcionaba el estado, se pudo ahorrar el tan valioso efectivo. Lo cual viene a demostrar el excelente sentido de la administración que distinguió a la dirigencia encabezada por Madero. Por lo menos en lo alimenticio se alcanzó suficiencia, así lo prueba el hecho de que mientras los rebeldes sitiaban Ciudad Juárez, se ordenó el almacenamiento de diez furgones de harina, para evitar que se echara a perder.<sup>39</sup> Por ese entonces, Roque González Garza, quien era el proveedor general en turno, trabajaba en la formación de un servicio de carga que llevara 2,400 libras de harina y 75 pacas de alfalfa diariamente del interior del estado a las afueras de Ciudad Juárez.<sup>40</sup>

Otra importante fuente de abastecimiento se hallaba cruzando la frontera. La labor de la junta revolucionaria de El Paso resultó de gran ayuda durante el tiempo que los maderistas acamparon a las afueras de Ciudad Juárez. En este caso también se organizó un servicio que tenía a Cástulo Herrera y Alberto Fuentes como encargados de conseguir provisiones con los abarroteros de El Paso, para luego pasarlas a través de la frontera. El encargado de recibir los envíos en el lado mexicano era el capitán Juan Dozal, quien debía dar cuenta de éstos en la proveeduría del campamento maderista.<sup>41</sup> Si bien es cierto que Abraham González había dirigido una tarea similar en los primeros meses de la insurrección, en ese entonces no se pudo articular un sistema de abastecimiento como el que hemos venido señalando.

En lo que se refiere al armamento, todo parece indicar que Gustavo y Alfonso Madero lo compraban en Estados Unidos para luego traficarlos por distintos puntos de la frontera. Desde los días en que se planeaba la entrada de Madero a Chihuahua, se habló de enviar aproximadamente

---

<sup>37</sup> C. Carranza a Luis García, Cusihiuriachic, Chihuahua, marzo 29 de 1911, (AM-BN), caja 2, Ms. M/141.

<sup>38</sup> J.M. Espinosa al Proveedor General, Hacienda de San Lorenzo, Chihuahua, marzo 15 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/39.

<sup>39</sup> Francisco I. Madero a Demetrio Ponce, Cuartel General a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, abril 25 de 1911, (AM-BN), caja 2, Ms. M/141.

<sup>40</sup> [Gustavo A. Madero] a Roque González Garza, Campamento del ejército libertador a orillas del Bravo, frente a Ciudad Juárez, (AM-BN), caja 2, Ms. M/157.

<sup>41</sup> Orden general para el aprovisionamiento de las fuerzas al mando del ciudadano presidente provisional, acampadas en los alrededores de Ciudad Juárez, dada en el cuartel general a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, abril 23 de 1911, (AM-BN), caja 2, Ms. M/122.

300 fusiles para El Paso e introducirlos hacia Ciudad Juárez.<sup>42</sup> Seguramente este flujo de armas se mantuvo durante los tres meses siguientes, pues para el sitio de Ciudad Juárez, los distintos jefes, en respuesta a una orden de Madero, entregaron una lista con los hombres, armas y municiones de que disponían. Todos los hombres contaban con un arma y un promedio de 100 cartuchos para cada uno.<sup>43</sup> Las armas más comunes eran el fusil Mausser y la carabina Winchester 30-30, precisamente ésas que los Madero trataban con su agente comercial en Nueva York.<sup>44</sup> Cabe reiterar que hacia finales de la campaña, la falta de dinero empezó a afectar el flujo de armamento; la solución estaba en tomar Ciudad Juárez y ocupar su aduana.

#### 4. LA CUESTIÓN DEL MANDO

A pesar de su prestigio personal, de las historias sobre su valiente actuación en Casas Grandes, y del hecho que lograra armar y mantener a sus tropas, Madero no pudo convertirse en el líder indiscutido de la insurrección.<sup>45</sup> Su mando entre los rebeldes demostró tener límites, mismos que se manifestaron desde el principio. Recordemos los eventos a las afueras de Ciudad Juárez, cuando los jefes rebeldes decidieron partir, en vez de acatar las órdenes que llevaba el estado mayor. Su retirada no impidió la entrada de Madero, pero sí representó un desconocimiento tácito de la dirigencia. Después vino el caso del magonista agitador. Aunque entonces el motín no se propagó, fue una muestra del ambiente que iba a encontrar el recién llegado. En base a estas experiencias, Madero enfrentó el problema de la definición jerárquica con suma delicadeza. En vez de imponer su autoridad sobre los rebeldes, trató de ganárselos, lo cual sólo consiguió hasta cierto punto. Así lo demostraron casos graves de insubordinación en momentos cruciales.

En un inicio, Madero pensaba introducir una estructura de mando basada en la completa subordinación de los chihuahuenses a los pocos militares que lo acompañaban.<sup>46</sup> El primer

---

<sup>42</sup> W. Olliphant (Federico González Garza) a F. Mercier (Francisco I. Madero), San Antonio, TX, enero 28 de 1911, (AM-BN), caja 1. Ms. M/10.

<sup>43</sup> José de la Luz Blanco R. a Francisco I. Madero, Campo insurgente, abril 24 de 1911, (AM-BN), caja 2, Ms. M/154 bis; Lista de armas, cantidad de parque y soldados al mando del capitán Averlardo R. Amaya, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2292.

<sup>44</sup> Francisco I. Madero a Eduardo Maurer, San Antonio, TX, noviembre 8 de 1910; Francisco I. Madero a Sr. Adolfo González (Gustavo A. Madero), San Antonio, TX. Noviembre 8 de 1910, ambas cartas en Madero, *Epistolario (1910)*, p. 311.

<sup>45</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 121.

<sup>46</sup> En un afán por aplicar su formación militar a la organización de las fuerzas rebeldes, Aguilar propuso que el ejército maderista se agrupara en batallones compuestos por tres compañías de 30 hombres, a su vez divididos en tres secciones. Madero se mostró más flexible, explicaba que él quería “soldados-ciudadanos, soldados libres, que

incidente con los jefes rebeldes tuvo que haber demostrado que eso era imposible. Los chihuahuenses no aceptarían una estructura ajena a la que ellos habían adoptado; estaban más hechos a lealtades personales que a la organización aconsejada por la táctica profesional. Era lógico que quisieran permanecer con sus parientes, amigos y paisanos, lo mismo conservar a sus líderes tradicionales. Madero entendió esta situación y reconoció a las compañías y a sus jefes existentes. Ello fue un gran acierto de su parte, pues en lugar de implantar un rígido sistema que sólo causaría problemas, formalizó la estructura propia de los rebeldes. La flexibilidad que mostró en este aspecto le permitió conservar buena parte de su autoridad.<sup>47</sup>

En la batalla de Casas Grandes, fue el hecho de poner a los chihuahuenses bajo mandos totalmente ajenos como Garibaldi o Soto, lo que provocó su desorganización y la consecuente derrota.<sup>48</sup> En contraste con los oficiales del estado mayor, comandantes como Orozco o Villa no sólo gozaban del respeto y admiración de sus hombres, sino que eran capaces de infundirles la seguridad necesaria para definir un encuentro. Madero sabía que si su autoridad era aceptada por estos líderes naturales, tendría asegurado el control sobre el resto de los rebeldes; por lo mismo buscó ganarse la lealtad de los cabecillas. Esto dio lugar a lo que Aguilar llamó una “liga artificial” de mando. La intención era armar una jerarquía entre la dirigencia central y las distintas compañías, más no al interior de éstas.

Después de un tiempo en Chihuahua, Madero comprendió la lógica de las jefaturas naturales y pudo servirse de ella para ejercer su autoridad. Haciendo un uso político, más que militar, del sistema de ascensos, Madero se ganó la simpatía de los principales jefes a través de nombramientos estratégicos. Aquí debemos esforzarnos por comprender lo que significaba para algún revolucionario recibir un oficio nombrándolo coronel por su “destacado servicio a la causa”, y no por el número de tropa bajo su mando.<sup>49</sup> Muchos de estos nombramientos fueron entregados por mano del mismo Madero en una ceremonia organizada el 26 de abril en los alrededores de Ciudad Juárez.<sup>50</sup> El jefe que sobresalió entre todos los presentes fue Pascual Orozco, quien fue ascendido a general brigadier. Para entonces, Orozco era sin duda el jefe más

---

estén organizados pero sin disciplina”. Las sugerencias de Aguilar fueron ignoradas, y esto terminaría provocando su renuncia a las filas maderistas. Véase: Aguilar, *Madero sin máscara*, pp. 92-97.

<sup>47</sup> Portilla, *Una sociedad*, p. 345.

<sup>48</sup> Aguilar, *Madero sin Máscara*, pp. 64-68.

<sup>49</sup> Francisco I. Madero a Agustín Estrada, Campamento en las márgenes del Bravo frente a Ciudad Juárez, abril 23 de 1911, (AM-BN), caja 1, Ms. M/121; Francisco I. Madero a Juan Antonio García, Campamento de Ejército Libertador a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, abril 28 de 1911, (AM-BN), Caja 2, Ms. M/169.

<sup>50</sup> Francisco I. Madero a los Jefes de los cuerpos del Ejército Libertador, Campamento del Ejercito Libertador a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, abril 26 de 1911, (AM-BN), caja 2, Ms. M/150.

influyente del estado. La predilección que le tenía Madero era muy notable; lo había buscado desde su llegada, y lo mantuvo a su lado toda la campaña.<sup>51</sup> En el discurso proclamado el día de su ascenso, lo enalteció en los siguientes términos:

El nombre que permanecerá grabado en la historia, unido a esta insurrección nacional, que ha tenido resultados trascendentales, es el de Pascual Orozco. Es el héroe cuya figura descollará entre todos los héroes que han expuesto su vida, que han derramado su sangre por la patria, por defender nuestras libertades [...] Por consiguiente, señores, me es sumamente satisfactorio entregar al Gral. Pascual Orozco el despacho respectivo y ponerle esta banda de General.<sup>52</sup>

Parece que a la hora de hacer este nombramiento, Madero no tomó en cuenta lo poco fiable que se había mostrado Orozco en su conducta. El chihuahuense se sentía protegido por el lugar que gozaba entre los rebeldes, y no siempre estaba dispuesto a obedecer. Eso quedó claro en abril de 1911, mientras se realizaba la marcha hacia Ciudad Juárez y llegaron a su clímax los constantes choques entre Madero y los jefes magonistas. Sucedió que éstos escribieron a Madero para denunciar el desprecio con que eran tratados debido a su adhesión al Partido Liberal Mexicano. Pedían que las aspiraciones del PLM fueran abiertamente reconocidas, y que sus integrantes participaran equitativamente en la toma de decisiones y en la repartición de bastimentos. La carta no estaba escrita en un tono irrespetuoso, pero los magonistas advertían que de no cumplirse sus demandas, iban a separarse de la columna.<sup>53</sup> Madero interpretó la carta como una grave señal de indisciplina, e inmediatamente le ordenó a Orozco desarmar y arrestar a los magonistas. Orozco se negó a ello, alegando que no encontraba motivos para proceder contra sus compañeros. Desobedecido por su principal lugarteniente, Madero tuvo que recurrir a Pancho Villa, quien con astucia sometió a los magonistas. La falta de Orozco fue pasada por alto, con tal de no provocar una división interna, pero esto sólo sirvió para volver más desafiante la actitud del caudillo. Lo cual avalan los hechos ante Ciudad Juárez.

El mismo día en que Ciudad Juárez quedó sitiada, Madero exigió la rendición de la plaza al general Navarro, que estaba a cargo de la defensa. Navarro negó la rendición, pero en cambio propuso un armisticio, que empezó el 23 de abril y se extendió por dos semanas. Varias razones influyeron en Madero para que detuviera el ataque sobre Ciudad Juárez y pasara a las negociaciones. En primer lugar, Garibaldi y su nuevo asesor militar, el general Benjamin Viljoen

---

<sup>51</sup> Aguilar, *Madero sin máscara*, p.107.

<sup>52</sup> Manifiesto en reconocimiento de Pascual Orozco en el día en que fue ascendido a general, Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2309.

<sup>53</sup> Lázaro S. Alanís, Luis A. García, Tomás Loza, Inés Salazar, (y otros) a Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 22, Ms. M/2362.

(un veterano de las guerrillas boers en Sudáfrica), le indicaban que la plaza estaba muy bien fortificada y su ocupación costaría muchas vidas. Otra gran preocupación eran los movimientos del ejército estadounidense en la frontera, y el anuncio de su intervención en caso de daños al territorio norteamericano. A todo esto se sumaban las noticias de Emilio Vázquez Gómez y otros políticos, quienes aseguraban que el gobierno porfirista había reconocido la insurrección y estaba dispuesto a entablar pláticas de paz.<sup>54</sup> Por su parte, Madero no dejaba de ver la revolución como un sacrificio; le parecía que ya había durado mucho, y temía que se extendiera aún más. Por ello confesaba a Vázquez Gómez que dejaría ir libre a Díaz, con tal de evitar la prolongación del conflicto.<sup>55</sup>

Si bien, eran varios los partidarios de llegar a un arreglo pacífico, había otros que veían en el armisticio un modo de restar ímpetu a la insurrección, y aconsejaban a Madero no suspender las operaciones. Uno de ellos era su hermano Gustavo, quien estaba perfectamente conciente de la importancia estratégica de Ciudad Juárez. Además del golpe psicológico contra al régimen de Díaz, la toma de esta ciudad representaría enormes ventajas financieras; tanto por los derechos de aduana que se podrían cobrar, como por la puerta que abriría al mercado norteamericano. Según Gustavo, nadie en Estados Unidos quería prestarle dinero debido a que el movimiento no había tomado una plaza de importancia. Si el maderismo se asentaba en una ciudad, sería más fácil obtener el reconocimiento de la insurrección. Respecto a la posible intervención, ésta era la opinión de Gustavo: “debo advertirte que la invasión norteamericana con la que siempre nos han querido asustar, no tiene ninguna probabilidad de efectuarse, porque estos amigos no desean meterse en una guerra costosa y larga”<sup>56</sup>

Mientras transcurrían las negociaciones, la impaciencia comenzó a adueñarse del campamento maderista. Hemos visto que el sistema de abastecimiento pudo cubrir las necesidades de los rebeldes a pesar de la escasez de dinero. Sin embargo las tropas se hallaban en pleno desierto, bajo racionamiento de agua y víveres, y sin entender lo que sucedía con las pláticas.<sup>57</sup> Así fue que la desertión empezó a mermar las filas revolucionarias. Madero se mostró muy preocupado, y trató de corregir la situación, primero con medidas disciplinarias, y luego de

---

<sup>54</sup> Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 150.

<sup>55</sup> Francisco I. Madero a Emilio Vázquez Gómez, abril 25 de 1911, en Taracena, *Madero*, p. 407.

<sup>56</sup> Gustavo A. Madero a Francisco I. Madero, abril 18 de 1911, en *Ibid.*, p. 397. Para un balance de la situación financiera de la insurrección véase: Gustavo A. Madero a Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 22, Ms. M/2387.

<sup>57</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, p. 50.

forma más persuasiva.<sup>58</sup> En un manifiesto sin fecha, pero que seguramente data del sitio de Ciudad Juárez, Madero se dirige a sus hombres con estas palabras:

Lo único que espero de vosotros es que sigáis teniendo paciencia, que sigáis siendo abnegados, sufridos y disciplinados y así como sois valientes para luchar frente a frente al enemigo, también seáis abnegados para afrontar los rigores de la intemperie y los rayos abrasadores del sol [...] Espero que todo terminará pronto, favorablemente, sin tirar un solo tiro más, sin derramar más sangre hermana.<sup>59</sup>

Lo cierto era que jefes rebeldes no entendían el proceder de Madero, ni el sentido de las negociaciones. Ellos habían ido a pelear, y en vez de eso estaban padeciendo insolación en el desierto, mientras el enemigo descansaba a su vista. Aguardaron pacientemente durante dos semanas en sus posiciones, pero su paciencia se agotó al ordenarse la retirada. El 7 de mayo, tras días enteros de inútil negociación, y temiendo un conflicto con Estados Unidos, Madero ordenó levantar el sitio y marchar de vuelta al sur. Entonces, los jefes chihuahuenses, que no querían dejar ir una victoria tan a la mano, decidieron actuar por su propia cuenta y buscaron el enfrentamiento. No quedan muy claras las circunstancias en qué empezó todo, pero es evidente que Madero dejó de tener control sobre el curso de la insurrección.

En la mañana del 8 de mayo, empezó un leve tiroteo entre maderistas y federales. En cuanto Madero se enteró, telefoneó al general Navarro para pactar el cese al fuego; al mismo tiempo mando traer a Orozco para que pusiera orden entre sus hombres. Éste tardó mucho en presentarse, y cuando lo hizo fue para convencer a Madero de que los ánimos estaban muy encendidos, y era mejor ordenar el ataque general. Madero no accedió a ello, y telefoneó una vez más a Navarro explicándole que todo era una confusión. Más tarde, se presentó de vuelta Orozco para decir que sus hombres no dejaban de avanzar y la victoria estaba asegurada. Todo era parte de un acuerdo entre él y Villa para forzar a que Madero autorizara el ataque. Al comprender que el asalto era inevitable, Madero prefirió mantener la apariencia de su liderazgo, y no tuvo otra opción más que ordenar el ataque general, el cual se realizó con el éxito que Orozco presagiaba. A mediodía del 10 de mayo, Navarro declaró su rendición; con ello los insurrectos lograron su

---

<sup>58</sup> Valadés, *Imaginación y realidad*, p. 158; A los soldados del Ejército Libertador, Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2304.

<sup>59</sup> Manifiesto a los soldados del Ejército Libertador, Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2310.

mayor y más decisiva victoria. Ésta, por cierto, era resultado de un acto conciente de insubordinación de los jefes rebeldes contra Madero.<sup>60</sup>

Tres días después, se produjo otra insubordinación, esta vez de mayores consecuencias. El día 13, Orozco y Villa irrumpieron armados en el cuartel de Madero, a quien trataron de tomar prisionero. Hubo algunos empujones, Villa sujetó a Madero y le cortó cartucho. Éste pudo zafarse y salir a la calle, donde se subió a un auto, y en lugar de escapar, comenzó a dar un discurso. Pronto, un buen número de curiosos rodeaban el auto y dirigían ovaciones a Madero. Al terminar, bajó del auto, y fue a abrazarse con Orozco y Villa, quien no dejaba de llorar. En una carta abierta a Orozco, difundida en el campamento rebelde, Madero aducía “cuestiones administrativas” como la causa del malentendido, y dejaba muy en claro la gran amistad que le unía con Orozco a pesar de lo ocurrido.<sup>61</sup> Por esos días, Orozco y otros jefes rebeldes, recibieron cheques para cobrar en El Paso, y así cubrir las necesidades de sus hombres; que por cierto no eran alimenticias, ya que había suficientes víveres en Ciudad Juárez.<sup>62</sup>

Es cierto, ya lo hemos mencionado, que los pagos a la tropa habían sido suspendidos por la falta de efectivo, y ello pudo generar cierto descontento. Sin embargo, había otros motivos detrás de la momentánea insubordinación de Orozco. Todo indica que los chihuahuenses exigían el fusilamiento del General Navarro. Al término de la batalla de Cerro Prieto, Navarro había mandado fusilar a varios rebeldes; acción que de acuerdo con el Plan de San Luis se castigaría de la misma manera.<sup>63</sup> Orozco y Villa ya habían pedido la entrega de Navarro, a lo que Madero se había negado. Decididos a hacer justicia con sus propias manos, los jefes chihuahuenses pensaban llevarse a Navarro contra la voluntad del mismo Madero, y eso fue lo que provocó aquella escena. El mismo día 13, cuando las cosas ya se habían tranquilizado, Madero escoltó personalmente a Navarro y lo dejó en El Paso.<sup>64</sup>

Los rebeldes comenzaron a sentirse defraudados, no sólo por la protección a Navarro, sino porque pronto se vieron desplazados por una camarilla de políticos oportunistas. Hombres que habían llegado sólo cuando ya se hablaba de paz, y ahora ocupaban puestos clave dentro de la insurrección. Ése era el caso de Venustiano Carranza, que fue nombrado ministro de guerra,

---

<sup>60</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 136; Declaración sobre el ataque a Ciudad Juárez, Francisco I. Madero, (AM-BN), caja 21, Ms. M/2402; Francisco I. Madero a Pascual Orozco, Campamento del Ejército Libertador a orillas del Bravo frente a Ciudad Juárez, mayo 8 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/246.

<sup>61</sup> Francisco I. Madero a Pascual Orozco, Ciudad Juárez, mayo 15 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/344.

<sup>62</sup> Francisco I. Madero a Pascual Orozco, Ciudad Juárez, mayo 13 de 1911, (AM-BN), caja 3, Ms. M/301.

<sup>63</sup> Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero*, p. 472.

<sup>64</sup> Katz, *Pancho Villa*, p. 137.

sin haber participado en ningún hecho de armas; lo cual causó especial molestia entre los chihuahuenses.<sup>65</sup> Lo cierto es que éstos habían jugado un papel muy importante mientras el conflicto dependía de la fuerza militar. En cuanto Madero pudo capitalizar la toma de Ciudad Juárez en influencia política, dejó de necesitar hombres que sabían pelear, y en su lugar requirió gente familiarizada con el manejo del poder. A finales de mayo, mientras los rebeldes estaban preparándose para la toma de Chihuahua, se enteraron con cierta sorpresa de que Díaz renunciaba, y se iba del país, así, sin disparar un tiro más. La insurrección había terminado.

---

<sup>65</sup> Caraveo, *Crónica de la Revolución*, pp. 53-55.

## CONCLUSIONES

En su origen, el antireeleccionismo fue un movimiento básicamente urbano, integrado por civiles con cierta preparación intelectual, y con un modo particular de entender y hacer la política. Eran clases dotadas con una mentalidad moderna y una perspectiva nacional; elementos que explican la organización de un partido político, y la realización de una campaña electoral por buena parte de la república. Toda esta actividad estuvo inspirada por un sentido de la legalidad, que no sólo siguió las leyes y principios establecidos, sino que instituyó sus propias normas y procedimientos. El antireeleccionismo surgió como una organización centralizada y dirigida de manera programática. Es aquí donde se revela el afán centralizador y burocratizador, tan propio de la modernidad política, y que siempre distinguió el manejo antireeleccionista del poder.

Madero había pensado y realizado su movimiento desde la ciudad, por causas enteramente pacíficas y legales; podría decirse que bajo una lógica civilista. Al optar por el levantamiento armado, creyó que podría seguir una lógica similar. Por eso en el Plan de San Luis refrendaba sus títulos de legalidad; la insurrección era legítima porque se había llevado la ley hasta sus últimas consecuencias. En apego a su mentalidad, más que por un cálculo ingenuo, Madero confió en que todo podía resolverse de forma más o menos rápida, y hasta cierto punto pacífica. Para eso contaba con el ejército, y sobretodo con los habitantes de las ciudades del centro del país, que habían sido la principal fuerza de su lucha democrática. Es probable que entonces, Madero no haya imaginado llevar su legitimidad a la sierra de Chihuahua, y hacerla efectiva, que era lo más importante.

Llegado el 20 de noviembre, la estrategia militar del antireeleccionismo se frustró por completo. Madero no contaba con un plan alternativo, y tuvo que refugiarse en Nueva Orleans, donde estuvo buscando la forma de redirigir la insurrección. Fue entonces cuando empezó a darse el giro que marcaría el nuevo rumbo del maderismo, ahora en su fase armada. Al final, su evolución lo conduciría de la ciudad al campo, lo cual no significó el abandono de su carácter primordial. Durante varias semanas la dirigencia antireeleccionista trató de montar un plan para que Madero entrara a territorio nacional por Chihuahua, que entonces ya mostraba una importante actividad rebelde. Aunque ello no se logró inmediatamente; durante el período se pusieron de manifiesto las condiciones que permitirían el futuro éxito de Madero.

Hay que destacar la capacidad demostrada por el maderismo para operar desde Estados Unidos, ya que este país se volvió un espacio decisivo dentro de la nueva situación estratégica. Además de conocer bien el medio estadounidense, Madero administró todos sus recursos, tanto económicos como políticos y militares, de una forma muy adecuada. Tomó la estructura de su gobierno provisional, y la convirtió en un organismo capaz de promover los esfuerzos rebeldes en ambos lados de la frontera. Algo que podría parecer meramente emblemático, como un gobernador provisional, una delegación diplomática, o una oficina del gobierno provisional, estaba pensado para gestionar un aspecto en particular. Todo ello, sumado a una importante cantidad de dinero, dio lugar al eficiente aparato revolucionario que le permitió a Madero adentrarse en Chihuahua y encabezar la insurrección.

En aquella región del norte las cosas habían tenido su propio desarrollo. Aunque el levantamiento fue preparado por notables antirreeleccionistas del estado bajo la dirección de Abraham González, éste tuvo un carácter local desde el principio. La rebelión estuvo marcada por las tendencias propias de una región como Chihuahua, con un desarrollo histórico particular y características geográficas bien definidas. Se trataba de una rebelión básicamente rural, con su principal foco de actividad en las cercanías de la sierra; justamente en una zona en que años antes había surgido una serie de rebeliones autonomistas. Desde los primeros días, los chihuahuenses mostraron su habilidad en combate, y pusieron en aprietos al ejército federal, que tuvo que enviar cada vez más efectivos al área de conflicto. Para inicios de 1911, los rebeldes se extendían por casi todo el occidente del estado, y mantenían bajo su poder el acceso a la sierra.

La revuelta maderista en Chihuahua se configuró mediante una lógica guerrillera, con distintas partidas de jinetes yendo y viniendo en amplias extensiones de terreno. Cada partida tenía un origen local; estaba compuesta por familiares, amigos, y vecinos, lo que la dotaba con una identidad propia. Uno de los rasgos más notables de la revuelta fue el surgimiento de líderes naturales que desplazaron a los jefes nombrados por la dirigencia estatal. No eran los antirreeleccionistas de la capital, pero su perfil era más adecuado para dirigir un movimiento armado. Estos jefes natos se ganaron el respeto de sus compañeros al calor de la lucha, con alguna acción destacada, mostrando iniciativa y/o capacidad de mando. Al volverse el referente de un grupo, es decir su cabecilla, no sólo le daban cohesión sino una nueva identidad; eran *la gente de Orozco*, *la gente de Villa*. Y aunque eran populares, no dejaban de ser lo suficientemente enérgicos como para poner orden entre sus hombres.

Las partidas rebeldes crecieron rápidamente e incluso llegaron a asociarse para enfrentar al ejército federal. Lo cual sucedió por un breve tiempo en torno a Ciudad Guerrero. Al no poder contener el avance federal, los rebeldes se dispersaron y buscaron otras posibilidades. Así llegó el momento en que se revelaron las carencias de la guerrilla chihuahuense, que no contaba con una estructura capaz de potenciar sus esfuerzos. Faltaba una verdadera dirigencia que unificara al levantamiento, y lo proyectara a una nueva dimensión; en parte, esto se debía a la escasa habilidad de los jefes rebeldes en el terreno de la gran política. Los chihuahuenses habían encendido la llama de la insurrección, pero no parecían tener mucha idea de qué hacer con ella.

Al hablar de la falta de una estructura que potenciara la revuelta en Chihuahua, nos estamos refiriendo en buena parte al problema de los recursos y el abastecimiento. Al no figurar dentro de la estrategia inicial del antireeleccionismo, Chihuahua no había recibido una gran ayuda económica de la dirigencia nacional. Estando en Nueva Orleans, Madero ordenó el envío de algunos materiales de guerra a través de su red en la frontera, sin embargo no fueron aportaciones suficientes para soportar el esfuerzo de los chihuahuenses. En los primeros meses, los rebeldes dependieron del financiamiento sobre el terreno (o sea pagarés al triunfo de la revolución), de las aportaciones de simpatizantes, y del botín de guerra. Este sistema permitía mantenerse en movimiento, pero impedía agruparse en contingentes numerosos, y así emprender acciones serias contra el ejército federal. Para esto último se necesitaba una base material más amplia y sólida, de la que sí disponía la dirigencia nacional.

Con la entrada de Madero a Chihuahua en febrero de 1911, muchas cosas cambiaron en el campo rebelde. El cambio no fue inmediato, tuvo que pasar poco más de un mes antes de que Madero obtuviera el control de la insurrección, y la dirigiera contra un objetivo preciso como era Ciudad Juárez. Aunque era el líder legítimo de la insurrección, y contaba con una capacidad política y financiera superior a la de los chihuahuenses, su control real sobre el movimiento no estaba garantizado. Al entrar en territorio nacional enfrentó el gran reto de encausar la rebelión dentro de su propia lógica, la de la legitimidad antireeleccionista. Si Madero lograba hacer de los disímiles cuerpos guerrilleros una fuerza disciplinada que actuara bajo su autoridad, entonces tendría una oportunidad de ser reconocido tanto por Díaz como por el gobierno estadounidense.

La situación chihuahuense se mostró muy complicada desde un principio para Madero. El primer contacto con los rebeldes se dio incluso antes de cruzar la frontera, y dejó muy en claro que la autoridad de Madero era sólo nominal. Las circunstancias de la revuelta en Chihuahua

habían originado grupos poco dispuestos a someterse a las instrucciones de una dirigencia en realidad extraña. Jefes rebeldes de cierta relevancia, como Orozco, se sentían con derechos sobre un movimiento al que habían conducido hasta ese momento con relativo éxito. Por otro lado estaba el problema que representaban los magonistas, quienes no iban a colaborar con Madero, si éste no reconocía la propia legitimidad del PLM. A pesar de las distintas faltas que debió tolerar desde su entrada a territorio nacional, Madero fue manifestando una gran capacidad para manejar la situación chihuahuense. Antes que nada mostró flexibilidad, que en este caso resultó ser una ventaja porque le permitió manejar a hombres de rudo temperamento. Se dio cuenta que no podría dirigir a los chihuahuenses conforme a su completa voluntad, pero que sí conseguiría ejercer su mando, si buscaba el justo medio entre su autoridad y la autonomía de éstos. Por eso se limitó a formalizar la organización que habían adoptado los mismos chihuahuenses.

Los esfuerzos de Madero tendieron a centralizar el mando y formar una columna lo más regular posible. Con ello se advierte nuevamente el afán centralizador y ordenador que caracterizó a la dirigencia antirreeleccionista desde su origen. Tras haber ganado algún prestigio como jefe guerrero en Casas Grandes, Madero pudo emprender con más autoridad el proceso de regularización que buscaba. Además de la concentración, dicho proceso consistió en el establecimiento de una normatividad dentro del campo rebelde. Así se organizó una fuerza unificada y eficiente, al tiempo que se dota a la insurrección de cierta legitimidad. Al poner fin a la actividad guerrillera, y quedar cómo único encargado de la acción insurreccional, Madero se aseguró de que el movimiento no fuera descalificado por acusaciones de bandolerismo o desorden. Así estuvo más cerca de obtener el reconocimiento de la beligerancia, lo cual representaría un triunfo político, y también militar debido a la posibilidad de adquirir armamento de manera lícita.

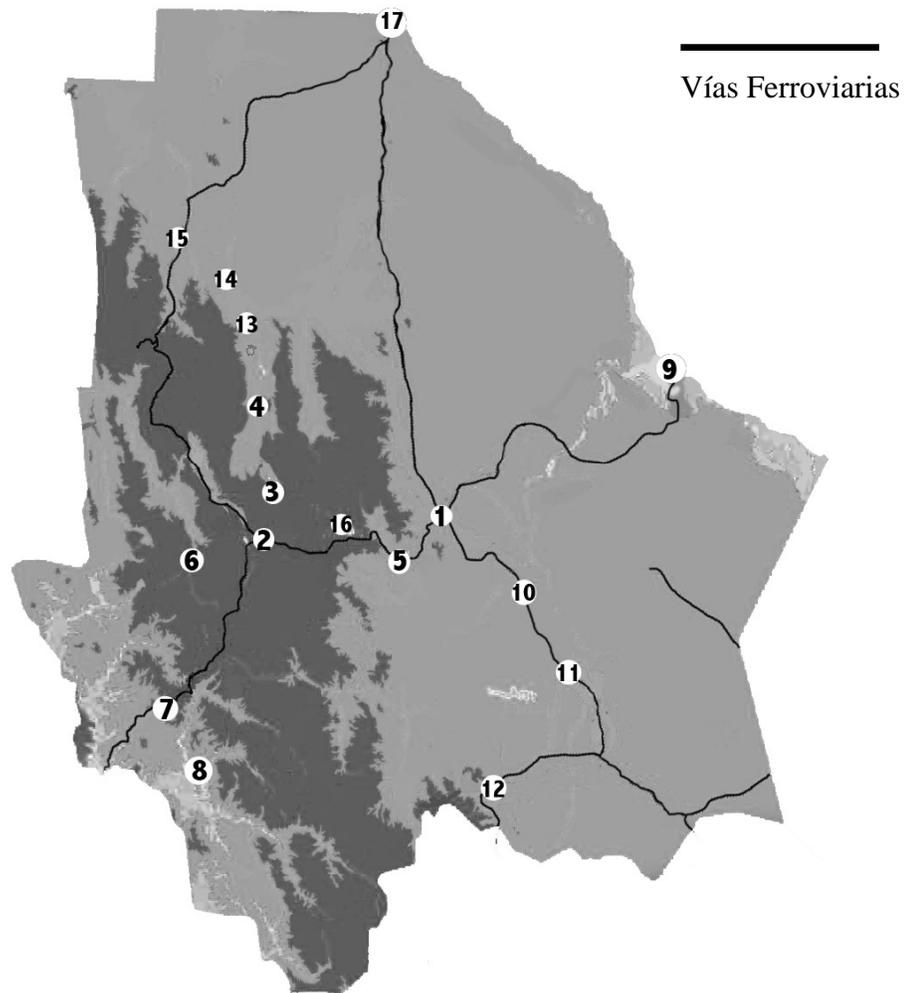
Para regularizar a los rebeldes había que reunirlos, y para ello se necesitaría una importante base material. Lo que hizo la dirigencia maderista fue convertirse en una fuente de recursos capaz de mantener a un contingente numeroso. Al principio recurrió al efectivo; cuando éste comenzó a escasear, lo combinó con vales pagaderos al triunfo de la revolución, lo mismo que con recursos provenientes del campo chihuahuense. El manejo de todos estos activos se realizó través de un aparato especial, que era la Proveeduría, y con base en los principios de una administración eficiente. Esto permitió un manejo racional y óptimo de los recursos, lo que

vuelve a dar cuenta tanto del afán centralizador como de la capacidad de gestión que caracterizó a la dirigencia encabezada por Madero.

El establecimiento de un eficaz sistema de abastecimiento puede ser el gran logro de Madero, pues esto le permitió llevar a cabo la reorientación de la insurrección en Chihuahua. Los recursos que puso a disposición de la rebelión le permitieron financiar una costosa operación como fue el sitio de Ciudad Juárez, y por otro lado ejercer un control efectivo sobre los chihuahuenses. Sin embargo este control no fue tan pleno como él hubiera deseado. Además de los episodios a su llegada, hubo otro par de ocasiones en que la autoridad de Madero fue seriamente cuestionada. Tras los primeros intentos por imponer su mando, se conformó con ganarse a los cabecillas más importantes, y tenerlos como intermediarios con el grueso de los rebeldes. Orozco, en su papel de principal líder militar de los chihuahuenses, fue uno de los que mayor confianza recibió por parte de Madero, y a la vez uno de los más reacios a cumplir sus órdenes en momentos clave.

Los hechos ante Ciudad Juárez, que fueron los que condujeron a la victoria de la causa, son paradójicamente los que más dudas arrojan sobre la frágil dirigencia maderista. Fue aquí donde se revelaron de forma más drástica, las diferencias que separaban a Madero y su grupo de civilistas de los rebeldes serranos de Chihuahua. Mientras que los políticos entablaron una serie de negociaciones destinadas a terminar lo más pronto posible con el conflicto, los chihuahuenses estaban ansiosos por combatir. Fiel a su vocación civilista, Madero quería terminar el conflicto de una forma diplomática, por cauces más o menos oficiales; en cambio los chihuahuenses confiaban en su fuerza, pues desconocían la lógica de las altas esferas en que Madero se manejaba. Al final, las cosas resultaron favorables para Madero, que terminó como el líder de una insurrección que había logrado expulsar a Díaz del poder. Sin embargo, no podemos pasar por alto el hecho de que Madero fue en principio desobedecido, luego engañado, y finalmente amenazado. Quizá ello fuera un adelanto de lo que meses más tarde surgiría en Chihuahua, y se convertiría en una de las principales fuerzas opositoras al gobierno de Madero.

## ESTADO DE CHIHUAHUA



### Lista de sitios mencionados:

- |                    |                      |
|--------------------|----------------------|
| 1. Chihuahua       | 10. Delicias         |
| 2. Ciudad Guerrero | 11. Camargo          |
| 3. Bachíniva       | 12. Parral           |
| 4. Namiquipa       | 13. San Buenaventura |
| 5. San Andrés      | 14. Galeana          |
| 6. Tomóchic        | 15. Casas Grandes    |
| 7. Témoris         | 16. Bustillos        |
| 8. Batopilas       | 17. Ciudad Juárez    |
| 9. Ojinaga         |                      |

## BIBLIOGRAFIA

### FUENTES PRIMARIAS

AGUILAR, Rafael. *Madero sin Mascara*. México: Imprenta Popular, 1911

AGUIRRE BENAVIDES, Luis. *De Francisco I. Madero a Francisco Villa (memoria de un revolucionario)*. México: 1956.

CARAVEO, Marcelo. *Crónica de la Revolución (1910-1929)*. México: Trillas, 1992.

ESTRADA, Roque. *La revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapa*. Edición facsimilar. México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

GONZÁLEZ GARZA, Federico. *La Revolución Mexicana. Mi contribución político-literaria*. Edición facsimilar. México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

MADERO, Francisco I. *Epistolario (1910)*. Tomo 2. México: Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

OLEA ARIAS, Heliodoro. *De Bachíniva a Ciudad Juárez. Apuntes históricos de la revolución de 1910-1911*. Chihuahua: Doble hélice, 2009.

SÁNCHEZ AZCONA, Juan. *Apuntes para la Historia de la Revolución Mexicana*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1961.

----- *La Etapa Maderista de la Revolución*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1960.

Secretaría de Guerra y Marina. *Averiguación previa, instruida a solicitud del Señor General Juan J. Navarro con motivo de la rendición de la plaza de Ciudad Juárez y resolución de la Secretaría de Guerra y Marina*. México: Tipográfica "El Republicano", 1913.

Secretaría de Guerra y Marina. *Campaña de 1910 a 1911: Estudio en general de las operaciones que han tenido lugar del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911, en la parte que correspondencia la 2a. Zona Militar*. México: Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1913.

VALADÉS, José C. *La revolución y los Revolucionarios*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre las Revoluciones Mexicanas, 2006.

VILLA, Pancho. *Retrato Autobiográfico 1894-1914*. México: Taurus, 2005.

## FUENTES SECUNDARIAS:

ALMADA, Francisco R. *La Revolución en el Estado de Chihuahua*. Tomo 1. Chihuahua: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1964.

----- *Vida, proceso y muerte de Abraham González*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967

AMAYA, Juan Gualberto. *Madero y los Verdaderos Revolucionarios de 1910. Hasta la decena trágica y el fin del General Orozco*. México: 1946.

BASTIAN, Jean-Pierre. *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México: 1872-1911*. México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1989.

BEEZLEY, William H. *Insurgent governor: Abraham gonzalez and the mexican revolution in chihuahua*. Lincoln: University of nebraska, 1973.

BENJAMIN, Thomas y Mark Wasserman (editores). *Provinces of the revolution. Essays on regional mexican history 1910-1929*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1990.

BRADING, David A. (compilador). *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

CALZADÍAZ BARRERA, Alberto. *Hechos Reales de la Revolución*. 3ª edición. Tomo 1. México: Editorial Patria, 1967.

COERVER, Don M. y Hall, Linda B. *Texas y la Revolución Mexicana. Un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1920*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

CUMBERLAND, Charles C. *Madero y la Revolución Mexicana*. 7ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1997.

GARFÍAS MAGAÑA, Luis, *Historia militar de la revolución mexicana*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2005.

HERRERÍAS, Ignacio. *En el Campo Revolucionario*. Chihuahua: 1911.

ILLÁN, Rafael. *México, el triunfo de la Revolución: o el grito de un pueblo*. El Paso, Tx: Editorial Imprenta Mexicana, 1911.

JOHNSON, David Nathan. *Madero in Texas*. San Antonio, Tx: Editorial Corona Publishing Company, 2001.

KATZ, Friedrich. *De Díaz a Madero*. México: Era, 2004.

----- *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*, 2ª edición. México: Era, 1998.

----- *Pancho Villa*. 2ª edición. Tomo 1. México: Era, 2000.

MEYER, Michael C. *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*. México: UNAM, 1984.

PORTILLA, Santiago. *Una Sociedad en Armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*. México: El Colegio de México, 1995.

RAAT, W. Dirk. *Los Revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

ROSS, Stanley R. *Francisco I. Madero: apóstol de la democracia mexicana*. México: Editorial Grijalbo, 1959.

SALMERÓN, Pedro. *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*. México: Editorial Planeta, 2006.

SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel Ángel. *Historia Militar de la Revolución Mexicana en la Época Maderista*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1976.

TARACENA, Alfonso. *Madero: Vida del Hombre y del Político*. México: Editorial Botas, 1937.

----- *Francisco I. Madero*. 2ª edición. México: Editorial Porrúa, 1973.

VALADÉS, José C. *Imaginación y Realidad de Francisco I. Madero*. Tomo 2. México: Antigua Librería Robledo, 1960.

WOMACK, John. *Zapata y la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1969.